

CUENTOS

grises

gagini



EDEL
EDITORIAL ELECTRÓNICA

<http://mapasdecostarica.info/blog/>

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

Gagini en mi santuario. - Lilia Ramos
Introducción
De caza
En la playa
Amigos
El guardapelo
La bruja de Miramar
El tesoro del Coco
Espiritismo
El secreto de Lelia
El silbato de plata
A París
Don Quijote se va
La Marsellesa
Las campanas del Carmen
El palacio de las golondrinas
Los negritos
Montaña arriba
Puntarenas



CARLOS GAGINI

Portada: Adrian Valenciano

GAGINI EN MI SANTUARIO

El amor al estudio ha sido una de las fuentes principales de mi ventura. Siento una gratitud enorme por varios maestros admirables; pero ninguno brilla en el firmamento de la sabiduría y en el reino de la bondad, como el excelentísimo Carlos Gagini.

La vocación más fuerte y acendrada lo hizo incorporarse al magisterio. La entrega a su labor docente, habrá de ser un caso raro en la historia de la educación, no sólo porque en él resplandecían' los atributos más puros del maestro ideal, sino por la magnitud: casi nueve lustros en las aulas y un lapso mayor con sus libros eminentes aquí y en muchos países cultos.

En verdad, Carlos Gagini disfrutaba de todas las cualidades que hacen al educador genuino: el sentimiento de comunidad y el don lingüístico en armonía con su vasto saber. Era tan dadivoso que a menudo llegaba a la penuria, al sacrificio, sin que hubiera pregón, lamento, ni espera de recompensa. Esto ocurría también con la riqueza inagotable de su erudición.

Carlos Gagini fue un polígloto esclarecido: lenguas muertas y vivas que le otorgaron una gran autoridad sobre la española. Recuerdo un hecho singular del que fui testigo: las noches dedicadas al aprendizaje del rumano que lo adquirió en un mes. Ante la sorpresa de algunos íntimos, su humildad lo empujó a decir: "¡No hay tal prodigio!: es neolatina y las otras romances ayudan a cualquier estudiante".

Trovador y prosista notable; esteta muy delicado, pintor muy hábil, músico de oído. En sicología, Gagini fue un clarividente. En lingüística, una eminencia de fama universal. Había magia en sus lecciones imperecederas; expuestas diáfananamente, interesantísimas, bien ilustradas. Pero en ocasiones no lograba la atención de los frívolos. Entonces el maestro enrojecía y fijaba su mirada en' los turbadores hasta dominarlos. Nunca pasaba del gesto iracundo, ni siquiera a un ademán violento y mucho menos a una voz o locución desagradable. Su prestancia imponía silenciosamente el más sano respeto. Carlos Gagini se erigió un monumento con sus lúcidas y perdurables enseñanzas en el aula, en la conversación amigable; con el libro y, sobre todo, con el ejemplo cimero de su vida tan fecunda al servicio de la humanidad.

LILIA RAMOS

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos 15 años del siglo XIX empezó a manifestarse en Costa Rica interés por el cultivo de la literatura. Primero apareció el costumbrismo incipiente mezclado con tonalidades románticas, realistas y naturalistas. Las letras costarricenses estaban retrasadas por falta de una tradición colonial; pero . . ., casi de repente, los escritores sintieron que la tierra y el medio les pertenecían. Y utilizaron giros y voces de genuino sabor regional para expresarse.

Los jóvenes se dieron a conocer en diarios y revistas alternando sus producciones con las de algunos propulsores de la literatura costarricense, entre ellos el cubano Antonio Zambrana, el salvadoreño Alberto Masferrer, el guatemalteco Máximo Soto Hall y, sobre todo, José Martí y Rubén Darío. Las obras que publicaban estaban íntimamente relacionadas con la literatura de los otros países hispanoamericanos: México, Guatemala, Perú, Chile, Argentina y Cuba iniciados en la literatura mucho antes que Costa Rica. En ellos, como en toda Hispanoamérica, existieron tendencias literarias similares. Aquí, en Costa Rica, fluía la misma corriente que inquietaba a toda América: la del conflicto entre el nativismo y el exotismo.

Las producciones costarricenses estaban salpicadas de romanticismo, realismo, naturalismo. Y aun de parnasianismo y simbolismo. En esa época nació en América el modernismo, voluntad de estilo que revolucionó la literatura en lengua española. Este movimiento había sido iniciado por José Martí y, precisamente por esos años llegaba con Azul y Prosas profanas de Rubén Darío a un punto culminante que incitó a la juventud a tomar partido. En algunos, por haber estudiado en Francia, dominó la atracción intelectual y artística de París. Otros, más influidos por celebrados autores españoles y estimulados por el ejemplo de los costumbristas sudamericanos se propusieron una tarea nacionalista. Surgió entonces una polémica que duró casi diez años. Se discutieron puntos lingüísticos y literarios en periódicos, revistas y tertulias. Los más tenaces creían en el deber de enardecerse con lo propio, con lo pintoresco y con el colorido de las costumbres nativas, a fin de preservar la identidad nacional amenazada por los europeizantes.

Del periódico y las revistas pasaron al libro. Y el primero en atreverse fue Ricardo Fernández Guardia, un joven educado en Francia quien, en 1894 publicó Hojarasca, un tomo de cuentos de corte afrancesado. Se valía de la estética francesa para desarrollar temas exóticos o nacionales. Con ello, Fernández Guardia dio al cuento costarricense "una madurez cosmopolita que le fue indispensable en sus años formativos", anota Seymour Mentón. Sin embargo, en lo fundamental, esos cuentos son similares a los publicados por Gagini anteriormente en la revista "Costa Rica ilustrada". Lo cierto es que el tomo Hojarasca habría de despertar enseguida tanto simpatías como divergencias.

Las diferencias surgieron cuando Carlos Gagini reprochó al cuentista y a otros escritores hispanoamericanos el injusto menosprecio por lo propio. Fernández Guardia declaró que "el tal nacionalismo no le atrae ni poco ni mucho"; juzgó al pueblo de Costa Rica "desprovisto de toda poesía y originalidad"; admitió su admiración por los parisienses y su desdén por las indias de Pacaca. La réplica de Gagini no se hizo esperar: él sí creta a Costa Rica capaz de producir buenos escritores "que interpreten el espíritu nacional y no crean que lo bello se encuentra únicamente en las comarcas lejanas, en las cosas exóticas o en los tiempos antiguos".

Aplacada en apariencia resurgió la polémica en 1900, cuando el guatemalteco Máximo Soto Hall y Joaquín García Monge publicaron, respectivamente, sus novelas El problema y El Moto. Ellos

probaron que se podían hilvanar tramas novelescas alrededor de temas nacionales. Además, García Monge demostró la ventaja de desarrollarlas con el habla popular campesina. Precisamente García Monge ha sido considerado el creador de la novela realista costarricense por su novelita *El Moto*, y sus *Hijas del campo* y *Abnegación*.

La polémica se planteó —señala Abelardo Bonilla— con cierta ingenuidad, no concretamente sobre las posibilidades del nacionalismo en lo referente a los temas, sino en la conveniencia o inconveniencia de un lenguaje directo y realista, copia fiel del habla del campesino". Si bien hubo algunos principios doctrinarios, lo que señaló sin duda alguna esta polémica, fue la manifestación de un sólido sentimiento patriótico.

Si hoy evocamos estos recuerdos —harina de nuestro molino— se debe a que, gracias al celo brioso de Carlos Gagini (y de muchos otros más), en 1901, el triunfo de la tesis nacionalista era ya innegable. Magón, Aquileo y García Monge habían adquirido gran popularidad y renombre. Ya se les consideraba, con justo derecho, autores clásicos en el más auténtico sentido de autores consagrados e indiscutidos.

El triunfo de la tesis nacionalista se advierte también en que el mismo Ricardo Fernández Guardia, publicaba en 1901 sus *Cuentos ticos*, de temas muy costarricenses en un castellano castizo. De aquí en adelante, si podremos hablar de una literatura con características costarricenses.

*
* *

Carlos Gagini había publicado aisladamente desde 1885, doce cuentos en que los temas exóticos se combinaban con lo costarricense. Predominaba en ellos una concepción romántica entreverada de una actitud naturalista. Luego, en 1898 reunió esos cuentos bajo el título de *Chamarasca*. "*Chamarasca*" son "los palitos que alimentan el primer fuego y luego ayudan a los otros maderos grandes a encenderse". Con ese nombre quiso dar a entender su fe en el futuro de la literatura costarricense.

En *Chamarasca* predomina el tema amoroso. Once cuentos son a base del triángulo trágico, en que dos hombres están enamorados de la misma mujer, o bien dos mujeres del mismo hombre. Estos cuentos "se parecen mucho unos a otros pese a la gran variedad de escenario: la Francia medieval, Egipto, la selva costarricense, la época precolombina y la ciudad de San José a fines del siglo XIX". Sugiere el paisaje con dos o tres toques de forma y de color, esbozándose así todo un cuadro de la naturaleza viva. Por ejemplo, "En la playa" y en "De caza" puede apreciarse mejor un tratamiento paisajístico más acentuado. En los otros, apenas existe. Y esto porque el autor conduce la narración de lo sucedido. Igual observación podríamos hacer respecto a la psicología de los personajes. El sentimiento amoroso predominante es de tipo romántico: no un sentimiento real, sino algo imposible o fantástico.

Para comprobar algunas influencias literarias presentes en la literatura costarricense a fines del siglo XIX, es fácil rastrear el romanticismo por lo oriental, lejano y vago en "*Zulim*" y "*El filtro*"; lo legendario medieval en "*La colina de los amantes*" y la influencia naturalista en "*Amigos*".

Sin embargo, si recordamos a Gagini como uno de los propugnadores de una literatura nacionalista, nos llama la atención que el habla popular del costarricense, casi no aparece en estos cuentos de *Chamarasca*. Y es curioso, que en sus obras de teatro "*Don Concepción*" y "*Los pretendientes*" sí la utiliza y, además, ya habla publicado su célebre *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*. ¿Por qué rehuiría Gagini el costumbrismo auténtico y el uso del vocablo popular? ¿Acaso porque abunda el monólogo narrativo? ¿Tal vez porque los sucesos de

sus temas, aunque situados en Costa Rica podrían ocurrir en cualquier ciudad, en cualquier país? Quede la respuesta como tema de inquietante atracción para una relectura despaciosa de los cuentos de Gagini y para futuros estudios.

Veinte años después de la publicación de Chamarasca, en 1918, Francisco Soler y Julián Marchena recogieron ocho cuentos de Carlos Gagini y los editaron con el título de Cuentos grises. Se nota aquí —señala el crítico norteamericano Seymour Mentón— "mayor confianza en el manejo de la técnica y en la variedad más grande de temas. Si la influencia naturalista perdura en "A París", es reemplazada por el espiritismo en "Espiritismo", "El tesoro del Coco", "El secreto de Lelid", "La leyenda del prestamista" y "El silbato de platá" y por el realismo sentimental en "La bruja de Miramar".

En este tomo de cuentos, ocurre lo mismo que en el anterior: Gagini halla expresión en los temas realistas y evita el costumbrismo tanto como el uso del lenguaje popular. El diálogo vuelve a ser un simple chispazo que pronto se desvanece, y es él quien conduce la narración o intercala misivas frecuentemente.

Cuentos grises marca el inicio de una etapa importantísima en la narración de Gagini. Los años inmediatamente siguientes fueron fecundos: publica las obras que lo acreditan en la novela como el primer representante del nacionalismo y del anti-imperialismo en nuestras letras. Nos referimos a El árbol enfermo (1918), La sirena (1920), La caída del águila (1920), El Erizo (1922) y Latino (1922).

Vista su producción narrativa ya en un panorama de medio siglo, Carlos Gagini se presenta a la consideración del lector actual con el mérito de haber sido uno de los primeros en escribir cuentos bien definidos y originales. Junto con Fernández Guardia, merece un mayor reconocimiento, porque estableció las bases para que el cuento floreciera en Costa Rica.

¿Qué trascendencia tiene la producción de Carlos Gagini en la cultura costarricense? En el Diccionario de la literatura latinoamericana; América Central (tomo I), publicado por la Unión Panamericana se contesta esta pregunta así:

En la obra de Gagini hay que distinguir al pensador del literato. En el primer campo fue un positivista, discípulo de Augusto Comte, que no reconocía otros conocimientos que los de la experiencia y la razón, según lo sostiene en sus obras La ciencia y la metafísica y Nociones de psicología.

Su actividad más importante fue la filología, en la que era una verdadera autoridad. A él se deben importantes estudios sobre las lenguas indígenas de Costa Rica, varios textos y ejercicios gramaticales para escuelas y colegios y, sobre todo, el Diccionario de costarriqueñismos, prologado y elogiado por el filólogo colombiano Rufino J. Cuervo.

La obra de ficción de Gagini es extensa y variada y abarca el cuento, la novela y el teatro. En los tres géneros es uno de los escritores que cultivaron y dieron impulso al movimiento costumbrista costarricense, si bien en una forma puramente externa y casi académica. Escribió dos tomos de cuentos y seis novelas. En algunas de estas es el primer representante del nacionalismo y del anti-imperialismo en su patria. Fue también poeta, de gran corrección y de sentido clásico, aunque de poca inspiración.

Es importante anotar que, aparte de sus escritos, Gagini realizó una obra extraordinaria en el campo de la enseñanza y que sus discípulos siguen hoy recordándolo con respeto y admiración.

Y como conclusión de esta nota introductoria: ¿qué significa este lomo?

El universal americano Alfonso Reyes no concebía tarea más heroica que la del ejercicio de la renunciación. Sin valor para rechazar, no es dable escoger. En efecto, este tomo es una antología de Cuentos y otras prosas de Carlos Gagini. Contiene una viva selección del quehacer literario narrativo de Gagini: mide el orden de su vitalidad y el peso de su creación. Reúne sus mejores cuentos, algunos siempre dignos de antología. Las demás prosas han sido recogidas de diversas fuentes y rescatadas de las amarillentas páginas de viejos periódicos o revistas.

El diamante puro brilla por sí mismo. El más precioso se disimula incluso bajo una apariencia humilde con desprecio del brillo y del estilo florido. Y en esta antología del cuento de Gagini hay diamantes que brillan por sí mismos.

Estimado lector, al entregarte estos Cuentos y otras prosas, de Carlos Gagini, queremos reservarte el placer de hallar esos diamantes para que disfrutes su luz en pleno goce literario.

LUIS FERRERO

DE CAZA

Nada hay comparable a la belleza del paisaje que en este momento estoy contemplando: a mis pies se desliza silenciosamente el río de la Barranca, formando dilatado remanso en cuya linfa se bañan con deleite bandadas de patos silvestres y garzas morenas, a la sombra de los higuerones y guanacastes de las orillas; en la ribera izquierda, enriscados cerros dorados por la luz del sol ostentan en el follaje de sus bosques todos los tonos del verde y todos los colores de que se visten las plantas, flores azules, rojas y gualdas, hojas cenicientas como las del guarumo alternando con las brillantes del pataste y las sombrías y apretadas de los mangos; del seno de esa selva misteriosa salen en confusa algarabía estentóreos aullidos de congos, graznidos de loros, chillidos, gorjeos y gritos extraños, y sobre el espeso toldo de verdura resaltan a modo de flores aladas innumerables aves de pintado plumaje entre las cuales se distinguen los guacamayos por sus colores chillones. La orilla derecha, donde se halla mi observatorio, es una playa de arena finísima, cortada a trechos por matorrales, piedras y árboles enormes, y a ella vienen a morir los cacaotales de la hacienda en que estoy hospedado. Para que nada falte a la grandiosidad del cuadro, el océano cierra el panorama por el occidente, uniendo su atronador mugido al himno con que la tierra está saludando a la mañana.

Una hora ha que con la escopeta al hombro y el morral al costado discurro por estos encantados lugares sin atreverme a disparar un tiro por no turbar con una nota mortífera el concierto de la naturaleza; a dos varas de mi cabeza ejecutan impunemente las ardillas sus arriesgados ejercicios acrobáticos; las palomas picotean en los senderos del bosque andando a pasos menuditos y contoneándose como muchachas coquetas; los tucanes posados en los plátanos dirigen hacia mí su mirada estúpida y su pico descomunal, y miríadas de pajarillos cuyos nombres ignoro saltan confianzudamente en torno mío, mirando con más curiosidad que temor al intruso que invade sus dominios.

Olvidado por completo del fin que aquí me trajo y arrastrado por el deseo irresistible de escribir, me arrojé al pie de un ceibo colosal, extraigo de la cacerina el papel destinado a los tacos y sobre él comienzo a trazar renglones. Una dificultad insuperable detiene a lo mejor mi lápiz: el asunto, el maldito asunto. ¿De qué voy a hablar? ¿Describiré el espléndido paisaje que tengo a la vista, digno de dar ocupación a los mejores pinceles del mundo? Líbreme Dios de caer en semejante tentación: para obra tan magna es menester la potencia descriptiva de un Zola. ¿Llenaré unos cuantos pliegos relatando a mis lectores las un si es no es divertidas cacerías que he hecho en días pasados? Sobre ser éste un tema ya muy manoseado, yo no tengo ni pizca de gracioso y me pondría a peligro de referir insulseces. Ha rato rae escarabajea entre ceja y ceja el pensamiento de emborronar estos retazos de papel con una historia no exenta de interés, que me contó anoche un indio octogenario: las circunstancias de ser rigurosamente exacta y de haber pasado en estos mismos sitios, me animan a hacerlo. Manos a la obra.

Hace ya muchos años, cuando la emprendedora raza blanca no había aún fijado sus reales en estas tierras, señoreadas entonces por los indios güetares, en la margen derecha del río tenía asiento el cacicazgo de Turiaca, el más poderoso de cuantos se repartían la feracísima costa del Pacífico. El cacique, ya muy anciano y carcomido por las enfermedades, cifraba todas sus esperanzas en Teribe, su hijo único, joven de veinticinco años, adorado de sus vasallos y adornado de todas las prendas necesarias a un príncipe de su estirpe. La flecha certera de Teribe era la primera que derribaba un enemigo en el combate, la primera que en la caza detenía al venado en su velocísima carrera, la única que en la pesca, lanzada a lo alto, jamás dejó de caer con maravillosa precisión sobre el descuidado pez, rasgándole la argentada escama.

Fuerte como un roble, valiente y arrojado como un león, temido y respetado de los caciques vecinos. Teribe era además por su gallarda presencia y rostro varonil, el ángel con quien soñaban las vírgenes turiaqueñas; y no pocas lágrimas vertidas en el silencio de la noche por ojos hermosísimos, reconocían por causa las esquiveces del apuesto mancebo. El rostro de Teribe, grave e impasible como el de todos los de su raza, no se animaba sino cuando en compañía de sus amigos hablaba de la caza o de la guerra; insensible a las amorosas miradas femeninas, frío y reservado con sus amigos, sólo amaba a tres personas en el mundo: a su padre, a su prima Sula y a Itli, el compañero inseparable de su infancia y depositario de todos sus secretos. En cuanto a su madre, había muerto cuando él contaba apenas dos años.

Itli era el Patrocio de este Aquiles. Tenía casi la misma edad y gozaba de gran prestigio en la corte, menos por la intimidad con el joven príncipe que por sus relevantes méritos. Siempre juntos corrieron los azares de la guerra, los peligros de la caza y los placeres de las fiestas: jamás dos hermanos se amaron con tan entrañable afecto. Sula, prima de Teribe y huérfana de padre y madre, había sido recogida muy niña por el viejo cacique y educada por él con todos los miramientos debidos a una hija. Frisaba en los dieciocho años y estaba en todo el esplendor de su hermosura: tez morena y sonrosada, ojos negríssimos y relampagueantes, cabellos sedosos, facciones finas, manos y pies diminutos; cuando sonreía, cosa que acontecía raras veces, brillaban sus dientes perlados y pequeños como las gotas de rocío que chispeaban por la mañana en los pétalos de las rosas.

Sula era la prometida de Teribe: así estaba convenido entre éste y su padre, después de recabar el consentimiento de la doncella; pero desde el día en que la boda no fue un secreto para nadie, desde el momento en que se fijó la fecha para celebrar la ceremonia, notóse un cambio inexplicable en los dos novios. Sula pasaba horas enteras encerrada en su habitación o recorriendo sola y melancólica las plantaciones de cacao y los platanares que circuían el pueblo; y Teribe, acompañado casi siempre de Itli, improvisaba frecuentes cacerías que eran otros tantos pretextos para alejarse hasta por una semana de la morada de su padre.

La conducta de Teribe se explica por la extraña mutación de Sula; pero, ¿qué motivo tenía ésta para evitar la presencia de su prometido y aun la de sus mejores amigas? ¿Acaso la boda no era de su agrado y se iba a casar únicamente por obedecer a su padre adoptivo? ¿Por ventura el cariño que profesaba a su primo era simplemente amor fraternal que no se trueca en pasión avasalladora? Tales eran las preguntas que el afligido Teribe hacía a su fiel Itli, buscando en vano solución tranquilizadora a tan doloroso problema.

Una mañana en que el sol se había levantado embozado en nubes plomizas, y en que el calor sofocante presagiaba un día tormentoso, se emboscó Teribe en la selva seguido de diez arqueros de su guardia, deseoso de disipar con las emociones de la caza la intensa melancolía que le abrumaba. Cinco años hacía que amaba frenéticamente a su prima, y aunque no dudaba de ser correspondido, no veía en ella la pasión veheméntísima de la mujer que ama por vez primera. El despego pareció aumentar después de anunciada la boda, sin que Sula en sus coloquios con el joven príncipe manifestase aversión al proyectado enlace, ni dejara escapar una sola palabra que pudiera lastimar al que había sido su hermano e iba a ser su esposo. Vanas fueron cuantas diligencias hiciera Teribe para desentrañar el misterio; sus pesquisas se estrellaron ante la imperturbable serenidad de la doncella y la regularidad de sus acciones. El pobre joven acabó por sospechar que todo provenía del temperamento de su prima o que su corazón no había despertado aún al verdadero amor; pero, ¿quién puede sondear confiado un corazón de mujer?

La inquietud de Teribe hizo apresurar algunos días la boda; y así, el de que hablamos más arriba era la antevíspera del señalado para la ceremonia.

El príncipe, no teniendo a quien comunicar sus pesares, pues Itli no le había acompañado a causa de una indisposición, alejó a sus fieles soldados dándoles licencia para matar algunas reses, y se internó en la espesura, errando por espacio de dos horas, sin armar una sola vez el arco y concretándose a responder con un silbido particular al que de cuando en cuando lanzaban sus servidores para no alejarse demasiado de su persona.

Insensiblemente se había ido aproximando a las inmediaciones de Turiaca: estaría apenas a una milla de la población cuando de pronto en lo más espeso de un matorral creyó percibir un ruido. Acercóse cautelosamente armando el arco; pero al penetrar en las enredaderas que servían de toldo al bosquecillo, escuchó claramente un rumor que no podía confundirse con ningún otro, el murmullo de una conversación amorosa, entrecortada de suspiros y sollozos.

Lleno de curiosidad entreabrió Teribe el cortinaje de verdura y escudriñó ávidamente el poético nido de los amantes; pero reprimiendo un grito retrocedió al punto con el rostro densamente pálido como si hubiese recibido un golpe en el pecho: rápido como el rayo arrancó una flecha del carcaj, la puso en el arco y apuntando con ojos encarnizados por entre el follaje, disparó... Un ¡ay! desgarrador salió de la espesura, coincidiendo con dos silbidos estridentes dados por el príncipe; y un segundo después apareció al través de los bejucos, como siervo acosado por los perros, un hombre con el furor y la desesperación pintados en el rostro y llevando una azagaya levantada en ademán de herir. Era Itli. Por el boquete que al salir abrió en la cortina de enredaderas se divisaba un cuerpo sangriento, tendido sobre el césped del bosquecillo. Era una mujer, era Sula. La flecha de Teribe la había partido el corazón.

Cuando el amigo perfidioso se halló frente a frente del amigo engañado que aguardaba cruzado de brazos e inmóvil y frío como una estatua, el arma cayó de su mano y se quedó petrificado, sin articular palabra alguna. Teribe sonreía. Casi al mismo tiempo salieron de la selva por varios puntos los soldados que acudían al llamamiento de su señor.

"¡Atad a ese hombre!", dijo severamente el príncipe. Los soldados cumplieron la orden sin encontrar resistencia. Teribe se volvió a los guardias que no habían tomado parte en la prisión de Itli, y les dijo algo en voz baja. Al cabo de algunos minutos durante los cuales nadie despegó los labios, una especie de altar formado de troncos se elevó en el centro del bosquecillo y al lado del cadáver de Sula. A una señal de Teribe clavaron los soldados un madero en la pira y a él ataron sólidamente a Itli. Entonces pasó una cosa espantosa: Teribe cogió en sus brazos el cuerpo de su prometida y lo tendió sobre el montón de leña, a los pies de Itli; tomando luego una tea que un guerrero encendió ludiendo dos ramas secas, la aplicó con mano firme a la pira. Cuando las llamas envolvían el cuerpo inanimado de Itli y el cadáver de Sula, los servidores del príncipe, que asistían mudos y horrorizados a la tremenda escena, le vieron impasible, cruzado de brazos, contemplando absorto el chisporroteo de las llamas y murmurando con voz sombría: "¡Traidores, traidores!"

¿Qué fue del desgraciado Teribe? Nadie lo supo nunca. Sus guardias refirieron que después de haber consumado su venganza los envió a todos a Turiaca y se quedó solo en el lugar de la catástrofe. Teribe no volvió a aparecer. ¿Se precipitó acaso en el río o en algún abismo de la montaña? ¿Pereció devorado por las fieras? Nadie pudo contestar jamás a esas preguntas.

Desde aquel día fatal ningún cazador volvió a penetrar en la selva donde pasó la horrible tragedia; y desde entonces también, cuando la noche cubre con sus negras alas el dormido bosque, se percibe un débil resplandor en sus misteriosas profundidades y por todos sus ámbitos se escucha una voz ronca y siniestra que grita incesantemente: "¡Traidores, traidores!"

EN LA PLAYA

Nuestra intimidad nació bruscamente, pasadas las frases vulgares que impone la cortesía a los viajeros reunidos en la mesa de una fonda. Después de la comida nos hicimos servir el café en el corredor, desde donde se abarca de una ojeada todo el pueblo de San Mateo, con sus casitas polvorientas alineadas a ambos lados de la carretera; y allí, como dos camaradas de colegio que se encuentran después de muchos años, nos confiamos sin reserva gran parte de nuestra vida pasada.

¡Caprichos del destino! Yo había conocido a Estela en San José, sin que su hermosura, ni el retraimiento en que vivía, ni los elogios de que era objeto, hubiesen despertado en mí interés ni curiosidad; de improviso el acaso nos pone frente a frente en la mesa de una posada, y desaparece como por encanto la muralla de hielo que nos separaba, y brota de nuestros corazones una corriente de mutua y franca simpatía.

Cuando me dijo que iba con su marido a establecerse en California, revelaba su acento más alegría que pesar; pero no era el alborozo pueril del que sueña con las maravillas de un viaje, sino la satisfacción de quien se aleja para siempre de una tierra despiadada que le hartó de amarguras.

Que había sufrido mucho decíanlo claramente la expresión dolorosa de aquellos ojos negros habituados a devorar las lágrimas, la línea severa de su boca, de donde habían huido las sonrisas, y sobre todo, la palidez mate de su rostro ovalado como el de una virgen hebrea y nublado por una preocupación profunda. En vano quise por medio de discretas alusiones inquirir la causa de su tristeza, el único pliegue de aquel ingenuo corazón: ni entonces ni en la jornada de San Mateo a Esparta, que hicimos esa misma noche, pude descubrir indicio alguno de su secreto.

Aún despierta en mi alma emoción dulcísima el recuerdo de aquella poética noche. La luna llena hacía visibles los objetos a larga distancia, y daba a la blanquiza y monótona carretera el aspecto de un río manchado a trechos por las redondas sombras de los árboles. La soledad y el silencio eran profundos: sólo de cuando en cuando blanqueaba una casa a orillas del camino y se oía el ladrido de un perro o el desapacible chirrido de una fila de carretas que venían del puerto; los arrieros tendidos sobre los fardos levantaban pesadamente la cabeza para vernos pasar, lanzando el conocido ¡gut! con que avivan la yunta.

Estela cabalgaba a mi lado, y algo rezagado su marido en animada conversación con dos comerciantes de San José. La nuestra, sin darnos cuenta de ello, fue tomando el carácter confidencial de un coloquio amoroso y dejándonos la certidumbre de que un lazo poderoso unía ya estrechamente nuestros corazones.

Sí, yo estaba enamorado de aquella mujer; lo estuve desde que por vez primera fijó en mí sus ojos negros y tristes de niño desamparado y sediento de consuelo; y fue tan vehemente ese afecto nacido pocas horas antes, pero alimentado por el fuego de mis veinticinco años, que mis frases apasionadas salvaron sin respeto el abismo que entre los dos interponía su estado.

Al escucharme pintóse en su rostro una expresión extraña: diríase que era, no el enojo del decoro ofendido ni el disgusto de la esposa honrada, sino la contrariedad de una decepción imprevista. Comprendí, aunque tarde, mi torpeza: había ella tomado mi brusca sinceridad por la vulgar declaración de un seductor de oficio que repite la lección aprendida de memoria. No contestó una palabra, pero sus miradas llenas de reproches me lo dijeron claramente.

Yo también guardé silencio, menos arrepentido de mi audacia que pesaroso de haber desmerecido en su concepto; sólo cuando llegamos a Esparta a las cuatro de la mañana y nos despedimos para descansar un rato en las habitaciones de la fonda, la dije casi al oído: "Perdóneme usted".

El tren salió a las diez. Estela ocupaba con su marido un asiento frontero al mío; seria y silenciosa miraba obstinadamente por el ventanillo, jugueteando con las cintas del sombrero que se había quitado a causa del sofocante calor; sus largos y negros bucles derramados sobre los hombros, encerraban su rostro en un marco de azabache, y de cuando en cuando los echaba a la espalda, sacudiendo con regio además la cabeza. Fingiendo dormir para contemplarla más a mi sabor, seguía yo con los ojos entornados todos sus movimientos, sorprendiendo las rápidas y furtivas miradas que me dirigía.

Por largo rato quedóse pensativa, con la mejilla apoyada en la mano, siguiendo distraídamente la vertiginosa carrera de los árboles; luego se reclinó en el respaldo del asiento, sin dejar de mirar hacia afuera; de improviso se incorporó y volviéndose hacia nosotros murmuró con voz agitada: "¡El mar!".

El tren se había detenido y una bocanada de aire fresco penetró en el carro. Estábamos en La Chacarita.

La verdosa llanura del mar, rizada levemente por la brisa salpicada de copos de espuma, parecía inmensa alfombra de hierba sobre la cual se hubiese posado una bandada de palomas blancas; las arenas de la playa chispeaban como millones de diamantes microscópicos; no hendían el aire vibrante las aves pescadoras, y sólo un alcatraz paseaba el vuelo perezoso sobre las ondas fugitivas que el sol del medio día teñía de reflejos rojizos.

A lo lejos se divisaba Puntarenas, ávida lengua de un reptil gigantesco; enfrente las islas azuladas, y detrás, como fondo de la decoración, las cordilleras de Nicoya coronadas por una franja uniforme de nubes plumizas.

Un vapor anclado a corta distancia del muelle me hizo palidecer y volverme instantáneamente hacia Estela: ella también lo había divisado, y sus ojos llenos de lágrimas se clavaron en los míos con una expresión que me hizo estremecer de dicha. Un mismo pensamiento nos había asaltado: acaso era aquella embarcación la que pocas horas después debía separarnos para siempre; mas no pude entonces sentir todo lo abrumador de esa idea, enajenado por la duce certidumbre que acababa de leer en el fondo de aquellos ojos negros.

Sumido en esa especie de estupor que produce la felicidad inesperada, no eché de ver que habíamos llegado a Puntarenas, sino cuando desde el andén oí la voz del marido de Estela, que me decía con tono desesperado: "Amigo, no ha llegado todavía el vapor; parece que no vendrá sino dentro de una semana".

Fueron ocho días de inefable ventura, de apasionadas conversaciones por la mañana en el largo balcón de la fonda, de excursiones vespertinas a La Punta y al Cocal, de idílicos paseos en lancha por el estero, a la luz de la luna. Acompañáábannos a todas partes dos señoras de San José, amigas de Estela, dos solteronas flacuchas que habían ido a los baños de mar.

En cuanto al marido, prefería casi siempre quedarse en su habitación; lejos de mostrarse celoso, como yo fundadamente lo temía, aquel hombrazo de mirada hosca y pelo hirsuto parecía haberme cobrado gran cariño, como si le hubiese prestado un servicio importante. ¿Sería confianza absoluta en la virtud de su mujer? ¿Acaso vergonzosa tolerancia de una alma depravada, o falta completa de

malicia de un corazón cándido y recto?

Mas si él no recelaba nada, no sucedía lo mismo con las dos solteronas, cuyas malignas sonrisas y embozadas alusiones revelaban a las claras que estaban al tanto de nuestras relaciones; sólo que en lugar de escandalizarse, se empeñaron en servirnos de galeotos de un modo tácito y discreto, con esa simpatía rayana en veneración que sienten por los héroes de aventuras amorosas las personas que nunca las han tenido.

Fueron ellas las que improvisaron un paseo a La Punta la misma tarde que llegó el vapor, la última que debíamos pasar juntos; y como para dejarnos entera libertad, convidaron también, para no ir a nuestro lado, a un empleadillo de aduanas, hospedado en el mismo hotel. El marido de Estela se quedó, pretextando los preparativos del viaje.

Sobre la inmensa playa, negra y tersa como una lámina de acero pavonado, proyectaba nuestras sombras alargadas el sol poniente, enorme disco rojo, envuelto en nubes violáceas. A nuestra izquierda se deshacían con sordo hervor las olas, casi tocándonos los pies con sus encajes de espuma; a la derecha, paralelo a la orilla del mar, se dilataba un repecho coronado de verdura; nosotros, encerrados entre aquellas dos líneas interminables y monótonas, caminábamos lentamente, embargados de profunda tristeza.

Sin cambiar palabra nos sentamos en la quilla de un bote abandonado.

Estela se puso a trazar algo en la húmeda arena con la punta de la sombrilla; yo, que no apartaba de su rostro los ojos, vi de pronto que a despecho de su fingida calma gruesas lágrimas le surcaban las mejillas.

—¿Por qué llora usted? —le dije conmovido, apoderándome de una de sus manos.

—Por eso —me respondió señalando a la arena, donde al lado de mis iniciales había escrito estas palabras: a las seis.

A las seis de la mañana zarparía el vapor; doce horas más tarde estaríamos muy lejos uno de otro, atormentados por el recuerdo de una dicha muerta al nacer, más efímera que aquellos caracteres que en breve lavarían las olas.

Regresamos ya de noche a la ciudad. Estela se apoyaba en mi brazo y su mano descansaba en ¡a mía con amoroso abandono. Como la oscuridad nos obligaba a acercarnos para cruzar nuestras miradas, se confundieron nuestros alientos y ya no pudimos desviar los ojos, encadenados por una fascinación irresistible; nos olvidamos de que nos seguían a corta distancia, nos olvidamos del deber, de todo. Y allí, en frente del muelle, a la vista de aquel vapor cuyas movibles luces parecían recordarnos la separación eterna e inevitable, nuestros labios ardorosos se juntaron en un prolongado beso.

Fui a despedirme de ella a las nueve. Habían enviado ya a bordo el equipaje, pero prefirieron quedarse esa noche en el hotel. El marido, alegre y locuaz estuvo conmigo más amable que de costumbre, haciéndome prometer que iría en la madrugada a acompañarlos hasta el muelle. Estela no dijo una palabra, mas al darle las buenas noches sentí que su mano deslizaba en la mía un papel muy delgado.

Un momento después leía yo, encerrado en mi habitación, estos renglones escritos con lápiz y de letra muy menuda:

"Después de lo que entre nosotros ha pasado, en vísperas de separarnos para no volver a vernos nunca, necesito abrir a usted mi corazón; a usted, la única persona que me tiene algún cariño. Le diré todo, todo., La confesión de un moribundo ha de ser sincera, y yo mañana habré muerto para usted.

"Me casé sin amor hace tres años —tenía apenas dieciocho— porque la muerte de mi padre nos dejó a mi hermana Aurelia y a mí sin amparo en el mundo.

"No habiendo amado jamás, acepté el primer partido que se me ofreció, sin comprender la gravedad del paso que daba y figurándome en mi inexperiencia que había tan sólo encontrado un segundo padre en aquel hombre de cuarenta años y de aspecto bondadoso. Y Alberto lo fue en los primeros meses de nuestro matrimonio; pero cambió luego de modales, me trató con dureza sin que yo pudiera explicarme el motivo, y concentró todo su cariño en mi hermana Aurelia. ¡Pobre hermana mía, qué lejos estaba yo de sospechar lo que iba a sucedernos! No tengo valor para referir cómo adquirí, hace apenas un mes, el convencimiento de mi desgracia.

"¡Mi marido había abusado de mi hermana, seducido una niña de diecisiete años! Quise separarme de él, pero me amenazó con llevarse a Aurelia consigo, haciendo pública nuestra deshonra: ella estaba loca, le amaba y le habría seguido sin resistencia. Lo único que pude conseguir a fuerza de lágrimas fue que mi hermana se trasladase a casa de unos parientes lejanos y que nosotros nos marcháramos definitivamente a California, resignándome a vivir con un hombre a quien desprecio.

"¡Y pensar que en el instante de consumir el sacrificio se complace el destino en martirizarme, mostrándome la felicidad cerca, muy cerca!

"¡Amar por primera vez con toda el alma a un hombre delicado y generoso, ser amada ardientemente por él y tener que renunciar para siempre a la dicha de un cariño semejante!

"Se lo ruego por lo que más ame en el mundo: no vaya mañana al muelle, no vaya, por Dios, porque me faltaría valor para partir.

"Usted hallará sin duda la felicidad en una esposa digna de usted, y olvidará pronto los días que hemos pasado juntos; yo no tendré en la vida otro consuelo que pensar en ellos y saber que es usted dichoso".

Ese arranque sincero de pasión me produjo un trastorno indecible; hasta media noche estuve paseando agitado a lo largo de la habitación, arrollado por el torbellino de ideas contradictorias y proyectos extravagantes que se atropellaban en mí cerebro; sólo una cosa veía clara en tan horrible caos: llamar al aposento de Estela, arrancarla del lado de aquel infame, y huir con ella al fin del mundo.

¡Cómo nos amaríamos en el retiro de una casita oculta en las profundidades de la selva, libres de cuidados, absolutamente solos y sin comunicarnos con nadie!

¡Con qué gozo infantil abriríamos al amanecer las ventanas para ver inundarse de luz la alcoba! ¡Cuan agradables pasarían allí los días, ocupada ella en arreglar nuestro nido, yo en estudiar y escribir para hacerme hombre de provecho! ¡Cómo al caer la tarde recorreríamos, abrazados por la cintura, los senderos del bosque, oyendo el canto de los pajarillos y respondiendo a sus gorjeos con nuestros besos!

Súbito, sentí frío en el alma, como si la azotase una ráfaga de nieve: era la realidad brutal que de un soplo derribaba el palacio de naipes de mis románticos ensueños, como ruda mano que borra el

paisaje recién pintado, la obra maestra en que fundaba el artista sus esperanzas todas. Una voz irónica gritaba en mi interior: "¿Y tu carrera de ingeniero interrumpida? ¿Y tu madre y tu hermana privadas de su única renta, de lo que ganas con tus lecciones de matemáticas? ¿Y el escándalo que matará tu porvenir?"

En vano quise resistirme, protestar: venció el sentimiento práctico de la vida, el escudero egoísta y positivista que acompaña y equilibra al caballero andante que la naturaleza encarnó en nuestro ser.

Me eché sobre el lecho sin desnudarme, y por muchas horas lloré de rabia, de impotencia, de cobardía; maldije la pobreza, las necias preocupaciones sociales, la tontería humana que somete la felicidad, la vida toda, a un vil puñado de dinero; y cuando al amanecer sentí voces y movimiento en la fonda y escuché a poco los pasos de personas que bajaban la escalera, no tuve fuerzas para salir a su encuentro y pronunciar la palabra que había de cambiar mi destino.

Renovóse, sin embargo, breve y terrible la lucha interior cuando el vapor dio los tres silbidos reglamentarios para llamar a los pasajeros; y esta vez, tras larga indecisión, triunfó la pasión ciega, avasalladora, y después de reparar el desorden del traje, corrí al muelle, resuelto a estorbar a todo trance la partida.

Era demasiado tarde. Rasgando con su mole enorme la ligera niebla matutina, el vapor, recogidas ya las anclas, se alejaba majestuosamente con su penacho de humo bronceado por el sol.

Percibíanse aún los gruñidos de Ja máquina y el chapoteo frenético de la hélice al azotar las olas entre remolinos de espuma. De pie en la popa, un hombre saludaba con el pañuelo; junto a él, una mujer inmóvil como una estatua ocultaba el rostro entre las manos, cual si quisiese apartar de sí una visión dolorosa.

Sentí entonces un gran vacío en el alma; y en mi extravío me pareció reconocer en aquella forma blanca e inmóvil, apenas visible ya, la felicidad de toda mi vida, arrebatada para siempre por aquel barco negro que desaparecía lentamente en las inmensidades del océano.

AMIGOS

Le conocí en su preciosa quinta, situada en los alrededores de Cartago, verdadero nido de artista, oculto en un bosque de naranjos y limoneros.

No era el pintor adocenado que pasa inadvertido entre las multitudes: era el orgullo de su patria, el maestro discutido en las academias y adorado de sus discípulos. Nadie sabía cómo él podía encontrar en la paleta la encarnación palpitante, el color lleno de vida, la luz y la sombra; ni pincel alguno aventajó al suyo en línea vigorosa, en el toque magistral que como por encanto transforma una fisonomía anodina en un rostro rebosante de pasión.

Era feliz, es decir, estaba contento de sí y de los demás. Rico suficientemente, joven de hermosa presencia, casado con una morena lindísima y cariñosa, aplaudido y envidiado, lo tenía todo: dinero, salud, amor y gloria.

Sorprendiéronme la universalidad de sus conocimientos y la rareza de sus ideas, si bien no hacía alarde de los primeros ni llevaba hasta la extravagancia las segundas. Su conversación no tenía nada de común con la charla insustancial y campanillesca del que habla por el placer de escucharse a sí

mismo; sencilla, profunda y amena, instruía y deleitaba.

Fuera de los goces del hogar y de la amistad, sus diversiones favoritas eran la música y la caza. "Hay que dar al espíritu y al cuerpo", decía sonriendo.

El día de mi primera visita me obligó a acompañarle a la mesa. Después de una comida íntima, a la cual no asistimos más personas extrañas que el pianista B..., y yo, mientras éste ejecutaba con maravilloso gusto varios trozos clásicos, el pintor y su mujer departían amigablemente conmigo en un rincón de la sala, apurando sendas tazas de excelente café.

Llevado de mis aficiones, hice recaer la conversación sobre la enseñanza.

—Creo —me dijo mi amable huésped— que la educación nacional está desquiciada: se prepara a los jóvenes exclusivamente para que adquieran dinero; se les pone por delante el cuadro de la riqueza con sus mil atractivos, como el único objetivo de la vida; se les dice: "Estudiad, no para haceros mejores, sino para alcanzar una profesión que os haga ricos". De ahí generaciones escépticas, codiciosas, desesperadas, que todo lo sacrifican, aun la conciencia, ante el becerro de oro; de ahí la desaparición gradual de la honradez, las estafas, los crímenes; de ahí, no lo dude usted, el socialismo y el anarquismo.

—Más la lucha por la existencia ... —Palabras, amigo mío, palabras con que se disculpan hoy los abusos de la fuerza, las expoliaciones inicuas, los atentados contra la propiedad, todos los apetitos de la bestia humana que hipócrita pretende aspirar sólo a vivir, cuando lo que en realidad quiere es hartarse de placeres sensuales. —El progreso...

—El progreso... Sé que va usted a acusarme de retrógrado, de oscurantista, de lechuza de convento. Pero, ¿qué quiere usted?, creo que ese rumbo peligroso de nuestra educación, tiene por causa el progreso. ¿A qué tiende éste? A disminuir el trabajo y el dolor humano; a multiplicar las comodidades y los goces, cosas todas que cuestan mucho dinero. ¿Qué debe entonces preocupar a la juventud? La manera de adquirirlo a todo trance.

Habiéndose alejado su[^] esposa para dar conversación al pianista, que había dejado de tocar, hablamos de mujeres.

—He hallado lo que buscaba —me dijo con sencillez—: las aventuras de soltero me divertían sin hacerme feliz. Ahora lo soy con el amor de mi mujer. Tengo, además, gran número de amigos; pero aquí, entre los dos ..., y a usted puedo decírselo sin que se resienta, pues nos acabamos de conocer, no creo en la amistad de los que me la cacarean todos los días. Sólo dos me quieren de veras: B..., para quien he sido más que hermano, un padre, y mi fiel Negro —dijo, señalándome un magnífico terranova, lanudo y crespo, que echado cerca de nosotros, con el hocico sobre las patas delanteras miraba atenta y cariñosamente a su amo—. Y aún en éste hay su poquito de interés —agregó sonriendo y acariciando sobre sus rodillas la cabezota del perro, que se había acercado creyendo que le llamaban—; pero es tan agradecido, que pienso como Schopenhauer que el hombre sería muy desgraciado si no existiese el perro.

Volví a verle otras dos veces por la misma época. Luego el torbellino de la vida nos separó, llevándole a él por lejanas tierras en busca de ambiente más adecuado a su genio, y a mí al fondo de una provincia, donde consagrado a mis faenas profesionales, recluido como un cartujo, viví sin noticias por espacio de cuatro años. Deseoso al fin de volver a la capital, estuve en ella ocho días visitando las casas de alquiler, sin hallar una que me conviniera. Ya desesperaba de encontrarla, cuando una tarde se presentó una anciana a ofrecerme la suya en arrendamiento.

—Le conviene a usted —me dijo—; sólo que no podré entregarla inmediatamente, pues la alquilé no ha mucho a un pobre señor sin familia, tan enfermo, que según el médico no tardará tres días en morir.

Me refirió en seguida todas las miserias de su inquilino moribundo, su carencia absoluta de recursos, la compasión que la había inspirado su abandono; más al escuchar su nombre no pude dar crédito a mis oídos.

¡Él, el pintor mimado, el hombre feliz de otro tiempo! ¿Y por qué no? ¿Acaso no son comunes en la vida tan espantosas bromas del destino?

Pálido, conmovido, corrí guiado por la buena vieja, a la casa donde agonizaba el artista.

Allí estaba, sobre fermentado lecho, en un cuarto destartado sin más muebles que dos sillas de enea y un cajón cubierto de frascos.

Me reconoció al punto. Quiso incorporarse, mas no se lo permitió su extrema debilidad. La buena vieja no se había equivocado: el pintor estaba en la agonía; la tisis había devorado aquellos músculos vigorosos, convirtiendo en una sombra al joven robusto de otro tiempo. Halló, sin embargo, en su excitación febril, fuerzas suficientes para relatarme, entre largos accesos de tos, la espantosa cadena de sus desventuras.

El mejor amigo, el casi hermano, aquel que se lo debía todo, carrera, dinero y posición, había seducido a su esposa y huido con ella quién sabe a dónde, lanzando bruscamente al artista desde el paraíso en que vivía al infierno de la desesperación. No volvió a coger los pinceles; vino el desaliento, luego el vicio.

El pintor rodó hasta los últimos peldaños de la miseria y arrastró por tabernas y lupanares los sangrientos jirones de su pobre corazón. Los cuadros desfilaron uno tras otro por los escaparates de las prenderías; el público le olvidó poco a poco; los amigos desaparecieron como bandadas de gorriones cuando han devorado el grano; los discípulos discutieron su mérito y le hallaron sin genio; luego le censuraron acerbamente y se empeñaron en probar que nada le debían y que no habían seguido sus enseñanzas.

—Y sin embargo —concluyó el moribundo con voz anhelante y ronca—: vea usted lo que son las cosas: cuando oigo decir que alguno de ellos ha adquirido celebridad en el mundo artístico, me enorgullezco y me atribuyo mi parte de gloria, aunque el ingrato me la regatee.

Después de un rato de postración, continuó, asiéndome la mano:

—Todos los que amé, al cabo me pagaron con ingratitud. ¡Dios mío!, ¿le pasará así a todos los hombres? Al morir no veo cerca de mí sino a una mujer que apenas conozco y a un hombre que nada me debe, y luego haga usted el bien, prodigue cariño, dinero, favores. . . ¡Ah, pero usted está en el magisterio y debe saberlo mejor que yo!...

Murió a las cuatro de la madrugada. Nunca olvidaré el triste cuadro.

Sobre el rostro afilado del cadáver, la claridad dudosa del alba; los rincones de la estancia envueltos aún en medrosa oscuridad; a los pies del lecho, la anciana arrodillada mascullando una oración; en el patiecillo, el chapoteo del chorro de una fuente como la monótona salmodia de un canto fúnebre, único mido que venía a turbar el majestuoso silencio de la muerte.

Pensé entonces en la fragilidad de la dicha, en la aparente bondad de tantos corazones repletos de ceno, en la infamia de algunas esposas y la ingratitud de muchos amigos ...

Y de mis meditaciones vino a distraerme un bulto negro que se acercó al cadáver: era Negro, el perro, el único amigo fiel, que iba a llevar a su amo el postrer homenaje de su cariño, lamiendo pausadamente aquella mano descarnada, casi transparente, que colgaba al borde del lecho.

EL GUARDAPELO

El baile estaba en su apogeo. Sobre el entarimado cubierto de lona, se deslizaban centenares de parejas al compás de un vals arrebatador, con la serenidad y elegancia de los cisnes que escarcean en apacible lago. Todos los pechos estaban palpitantes, todas las mejillas encendidas, todos los ojos resplandecientes de placer; sólo en el hueco de una puerta, un joven alto y simpático seguía con mirada indiferente los vertiginosos giros de la danza, haciendo un gesto extraño, mezcla indefinible de impaciencia y de fastidio. De cuando en cuando alguna señorita le saludaba al pasar con amistosa sonrisa, o un caballero le dirigía la palabra: él respondía cortés y brevemente y continuaba mirando el desfile de la abigarrada muchedumbre, cuyos cabrilleos semejaban las infinitas y vistosas combinaciones de un calidoscopio.

Sin embargo, cualquier desocupado habría podido advertir en aquel rostro de hielo una sacudida nerviosa cada vez que a la puerta se aproximaba una de las más bizarras parejas, y aun ciertas miradas de inteligencia cambiadas con la rapidez del relámpago entre el impasible espectador y la joven valsadora.

Era ésta una de esas mujeres que pueden calificarse de peligrosas: de cuerpo bien modelado, hermosura deslumbradora y altivo porte. Reunía a tantos atractivos una coquetería casi infantil, de irresistible poder y embriagadora seducción. Sus ojos, orlados de largas pestañas, fulguraban como dos diamantes negros heridos por el sol; la nariz de corte picaresco y atrevido, los labios algo gruesos y la barba dividida por delicioso hoyuelo, daban a su fisonomía expresiva malicia, y su risa franca y la gallardía de sus ademanes y movimientos, denunciaban a una de esas reinas de salón, acostumbradas a las conquistas y hastiadas de uncir nuevos esclavos a su carro triunfal.

Fuese premeditación o casualidad, al terminar el vals ocupó nuestra heroína un sillón cercano a la puerta donde permanecía todavía inmóvil el personaje que con tanta insistencia la había estado mirando. Ancho corro de galanes se formó en torno de la beldad, disputándose el favor de una palabra o el tesoro de una sonrisa; pero a poco el caballero de la puerta se acercó pausadamente, y abriéndose paso entre los cortejantes presentó el brazo a la dama. Ella se levantó entonces cual si fuese cosa convenida de antemano, y ambos atravesaron por la sala en medio de los murmullos y secreteos de los que notaron la salida de la gentil pareja.

Por fin estaban solos, frente a frente, en uno de los gabinetes de descanso contiguos a la sala. Por la rendija de las dos pesadas colgaduras de terciopelo granate, penetraba el inmenso murmullo de la concurrencia, como el continuo y sordo rumor de un mar invisible. Se respiraba un ambiente tibio y saturado de emanaciones voluptuosas.

Ella, con el codo apoyado en la consola, le miraba con aire burlón y risueña; él, serio, sombrío, jugueteaba maquinalmente con el abanico abandonado sobre el mármol.

—Angelina —dijo él después de embarazoso silencio—: dentro de un rato me retiraré del bai'e,

pero antes quiero cumplir la promesa que hice a usted esta mañana.

—Puede usted comenzar cuando guste, Camilo —replicó ella mordiéndose los labios como para contener la risa, pero disimulando mal la turbación que la embargaba—: no parece sino que va usted a hacerme una declaración amorosa.

—No se equivoca usted: es la declaración que usted esperaba hace mucho tiempo.

—¡Camilo!

—Veo que la lastima mi poca franqueza, y le pido mil perdones, pero no retiro mis palabras. Usted, acostumbrada a ver rendidos a sus pies los galanes más rebeldes, cansada de responder a infinitas declaraciones amorosas; usted, que leía en mis ojos la pasión que me estaba consumiendo, se sentía ofendida por mi silencio y ha debido preguntarse muchas veces con despecho: "¿Cuándo caerá éste?" Pues bien, yo, más orgulloso todavía que usted, me había jurado no proporcionar nunca esa satisfacción a su vanidad de mujer; he luchado mucho y... ya lo ve usted, he salido vencido y vengo a arrastrarme a sus pies como los demás. ¿Está usted satisfecha ?

Angelina se puso seria. Otra pareja penetró en el gabinete, obligando a Camilo a bajar más la voz.

—Usted no ignora que dentro de quince días me uniré en matrimonio con una señorita hermosa, sencilla y buena, que me adora como a un dios, sin sospechar la bajeza y falsedad del hombre a quien va a dar su mano. Sí, fue una infamia. Cuando en presencia de sus honrados padres prometí llamarla mi esposa, cuando después a solas la juré amarla eternamente, un rayo del cielo debiera haber castigado mi perjura lengua ...

—Pero si usted no la quiere, ¿por qué se va a casar? ¿No sería mejor romper con ella?

—Porque es demasiado tarde para retroceder y sería vil, inicuo, matar ilusiones que yo propio hice brotar en una alma candorosa; porque romper el compromiso es asesinar a una pobre niña con el crimen de amarme mucho, mientras que casándome con ella labro mi desdicha, es cierto, pero ella será feliz y yo haré lo posible por no disipar su ensueño. Antes de conocerla a usted, Angelina, soñaba yo con las delicias de un hogar tranquilo, presidido por una mujer virtuosa, sencilla, casera en una palabra; entonces fue cuando encontré a Luisa, y me dije: "Esa es la mujer que busco". La hablé, frecuenté su trato y llegué a forjarme la ilusión de amarla: ¡fatal ilusión que ha dado origen a una cadena de mentiras sinceras! Usted me arrancó la venda de los ojos, haciéndome comprender la estupidez de amores tan . . . burgueses. Entonces pensé que una alma como la mía necesitaba otra apasionada y fogosa, capaz de cualquier sacrificio, llena de grandeza y de poesía, y me avergoncé de contentarme con un amor vulgar, con ese cariño apacible que en el matrimonio se transforma en simple deber ...

En aquel instante se oyeron los acordes de la orquesta que preludiaba una mazurca. La otra pareja que estaba en el gabinete, se marchó al punto. Pero Camilo y Angelina no se movieron y él prosiguió con viva emoción:

—Usted es la única mujer que puede hacerme dichoso: por usted, sólo por usted, estoy dispuesto a sacrificar mi honor, mi vida, mi conciencia, dígame que me ama, que se casará conmigo, y rompo al punto con Luisa, aunque tenga que marcharme para siempre de Costa Rica.

Algunos caballeros entreabrían de cuando en cuando las colgaduras, buscando sin duda a sus respectivas parejas, y sonreían maliciosamente al mirar a los dos jóvenes; pero ellos no parecían advertirlo siquiera.

—Voy a corresponder a su franqueza con otra mayor —dijo al fin Angelina, visiblemente conmovida—: usted, Camilo, no me es indiferente, ¿a qué negarlo?, pero tampoco le amo. Las mujeres como yo no pueden amar. Huérfana desde muy niña, criada por parientes vanidosos y ricos en una atmósfera de frivolidad y escepticismo, educada para brillar en el mundo y viviendo de continuo en una sociedad tan elegante como corrompida; yo, que me he mofado de tantos afectos y jugado con el amor de los hombres; yo, que miro en el matrimonio únicamente el fin de una libertad agradable; yo... no me casaré nunca.

El joven dobló la cabeza sobre el pecho, abrumado por el tono firme y terminante con que estas últimas palabras fueron pronunciadas; ella, dulcificándose un tanto, prosiguió con voz temblorosa:

—Pero aunque yo cambiara de modo de pensar, aunque le amara a usted apasionadamente, jamás aceptaría su mano a trueque de la infelicidad de una niña inocente y la deshonra del hombre a quien amo. Cásese usted con Luisa, le digo con sinceridad; estoy persuadida de que será modelo de esposa. Yo he nacido para vivir en los salones, para aturdirme en las fiestas, para ser la estatua fría y sin corazón a cuyos pies se quema incienso vanamente. Usted merece mucho más. Yo no podré hacerle dichoso: olvídeme, efectúe su matrimonio, váyase de Costa Rica.

—¿Esa es su última palabra, Angelina? —articuló Camilo con el rostro lívido y levantándose bruscamente.

—Sí —contestó ella densamente pálida, aunque con voz firme, poniéndose también de pie; pero al ejecutar el movimiento se desprendió de su cuello un guardapelo de oro que representaba un corazón incrustado de rubíes.

Recogiólo Camilo; mas cuando fue a devolverlo le miró ella de tan expresiva manera, sin hacer ademán de recibir la joya, que él no insistió. Y guardando el medallón y dando el brazo a la beldad, murmuró a su oído, mientras la oprimía la mano rápidamente.

—Gracias: lo conservaré toda mi vida.

Dos semanas después se verificaron las bodas de Camilo y Luisa. No fueron aparatosas y espléndidas como correspondía a la fortuna y elevada posición de los desposados. Casáronse un domingo y partieron al día siguiente para Europa, donde proyectaban permanecer uno o dos años. Todos envidiaban la felicidad de la enamorada pareja, augurándole eterna luna de miel. Sólo una mujer veía el fondo tenebroso de aquel paraíso y sabía el infierno que llevaba en el alma uno de los dos viajeros.

Una noche en que se daba un gran baile de suscripción en el Hotel Benedictis y en que Angelina, como de costumbre, era objeto de abrumadores obsequios, advertíase en su rostro una melancolía inusitada.

—¿Pero qué tiene usted esta noche, Angelina? —la decía el General X..., viejo mujeriego, atusándose los bigotes y dirigiendo miradas sensuales a los desnudos y provocativos hombros de la bella—. Está usted así... no sé cómo ...

Ella contestaba sonriendo que no tenía nada, cuestión de nervios, y que era una tontería empeñarse en que algo le pasaba. Pero la verdad es que se hallaba triste sin saber por qué, y la animación creciente del baile parecía nublar más y más su frente de reina.

En un momento en que la casualidad la llevó a un asiento cercano a la señorita Ramírez —una de

sus íntimas amigas—, ésta, pasados los saludos y trivialidades de estilo, la dijo con el tono más natural del mundo:

—Supongo que sabrás ya lo de Camilo Aranda, aquel muchacho que hace ocho o diez meses se casó con Luisa Velasco y que, según malas lenguas, estuvo enamorado de ti.

Indescriptible fue el efecto producido por estas sencillas e intencionadas palabras: Angelina palideció primero, luego se puso colorada, sin poder articular una sílaba.

—¿Conque ya lo sabías? —prosiguió la señorita Ramírez al notar la alteración de su amiga—: Verdad que es horrible?

—¿Qué quieres decir? —logró al fin balbucear Angelina—. No comprendo a qué te refieres ...

—¡Hija, si lo sabe ya medio San José! Yo leí la noticia en El Correo de la Tarde, cuando comenzaba a vestirme para el baile. Parece que Camilo y Luisa, después de viajar algunos meses por Europa, habían fijado su residencia en Cádiz. Según decires, hacía algún tiempo que no se llevaban bien, probablemente porque su antiguo novio se enredó con alguna... de poco más o menos. Es decir, esto no pasa de ser una conjetura sacada de lo que ahora voy a contarte. Una tarde en que Camilo estaba solo en su cuarto y Luisa había salido, los criados de la fonda oyeron una detonación: cuando acudieron encontraron a Camilo caído sobre su escritorio y con la cabeza destrozada de un balazo. En la mano izquierda, cerrada fuertemente, tenía un guardapelo, un corazón de oro incrustado de rubíes, con un diminuto retrato de mujer. El periódico trae todos estos detalles. ¿Qué te parece?

Angelina no contestó: con la cabeza inclinada y el pecho palpitante, no echó de ver que empezaba otra contradanza, hasta que un caballero se acercó a recordarle la pieza comprometida.

Entonces aquella mujer, que tantas veces había jugado con el amor, aquella reina altiva acostumbrada a uncir cada día nuevos esclavos a su carro triunfal, aquella estatua de carne inmovible y despiadada, se levantó maquinalmente para salir a bailar; pero una lágrima de fuego se deslizó lentamente por su mejilla aterciopelada.

Y cuando silenciosa y triste se confundió la joven con el torbellino de alegres parejas, aquella lágrima que temblaba aún en su faz demudada, brillaba con las luces del salón como diamante purísimo caído casualmente sobre la pálida corola de una azucena.

LA BRUJA DE MIRAMAR

Ni aun los más guapos del pueblo se atrevían a aventurarse de noche por la calleja del río, temerosos de aquella lucecilla que parpadeaba en la sombra como un ojo felino; y si algún labrador era sorprendido por la oscuridad al volver del abrevadero con su yunta, pasaba de prisa y persignándose delante de la casucha sin atreverse a mirar, por el ventanillo siempre abierto, la humilde estancia alumbrada por una vela de sebo, la mesa llena de potingues, el baúl desvencijado, la camilla de lona y el fogón donde se calentaba la frugal cena.

Sentada en un banquillo al lado de la mesa, una mujer cincuentona, de nariz aguileña, ojillos penetrantes y tupidas cejas grises, removía sin cesar el contenido de un mortero.

Llamábanla en Miramar la Tía Mónica y pasaba por bruja. Vivía absolutamente sola en aquella

choza sin vecindario, cultivando de día una huerta de media hectárea y confeccionando de noche jabón de hiél, jarabes para la tos y otros menjurjes que junto con sus hortalizas iba a vender al pueblo dos veces por semana. Comprábanle sus artículos más por miedo que por caridad; y fue sin duda por alejarla de la aldea por lo que don Alonso, el dueño de los terrenos colindantes, insistía en comprarle la exigua finca. ¿Venderla? Ni por pienso. ¿Cómo deshacerse de una propiedad que le proporcionaba la subsistencia y le permitía vivir sin mendigar favores de nadie?

Allí veía deslizarse los años, siempre atareada y silenciosa, cada día más flaca y huraña, gastada prematuramente por las penas del alma y los achaques del cuerpo.

Pero cuando rendida del ajetreo diurno se echaba sobre su lecho, una sonrisa de inefable dicha entreabría sus marchitos labios y parecía iluminar como una aurora las paredes de la estancia. Y es que no hay nadie, por infeliz que sea, que no tenga un recuerdo o una ilusión que mitigue sus penas... Y la Tía Mónica tenía un hijo.

Quince años atrás, cuando vivía en la capital, se vio obligada a separarse de su brutal marido y a irse a Miramar, a aquella casita que le había legado una tía suya; pero su único hijo, su Jorge, fue reclamado por el padre y encerrado en un colegio, con orden expresa de evitar las visitas de la madre. Durante muchos años la pobre mujer se contentó con ir de cuando en cuando a la ciudad para contemplar a su hijo a través de la verja del patio de recreos, y con enviarle furtivamente dinero, dulces y cartas que nunca eran contestadas.

Al fin murió el tirano, cuando el niño, convertido en gallardo adolescente, iba a comenzar sus estudios en la escuela de comercio; y la Tía Mónica pudo entonces visitar con frecuencia a Jorge y enorgullecerse de costear su educación. Por eso se ingeniaba de mil modos para afanar el dinero; por eso trabajaba noche y día sin importarle su quebrantada salud; por eso cuando dormía brillaba en sus labios una sonrisa. ¿Qué importaba que el joven recibiera con frialdad, casi con disgusto, sus visitas?

¡Era natural! Estaba relacionado con las principales familias de San José y, ¿qué dirían sus amigos si supiesen que era hijo de la bruja de Miramar?

Terminados sus estudios se encontró Jorge con un problema de más difícil solución. ¡No había plazas vacantes en los almacenes! En vano solicitó, recurrió a los amigos, a los avisos. ¡Nada! ¿Estaba, pues, condenado a morirse de hambre en la capital? No, su madre velaba por él. Precisamente el señor Rodríguez, el tendero más acaudalado de Miramar, necesitaba un tenedor de libros. Por consejo de la Tía Mónica solicitó Jorge la plaza y la obtuvo, gracias a sus excelentes recomendaciones. Pero antes de trasladarse al pueblo manifestó a la pobre vieja la conveniencia de ocultar su parentesco: él alquilaría un cuartito y ella podría visitarle de noche. ¡Y ella que había soñado con arreglarle la única habitación de su casucha y tenerle siempre a su lado! ¡Paciencia! Sí... Jorge tenía razón . . . ¿Cómo conquistarse buena posición social, si los vecinos se enterasen de que era hijo de la bruja?

La acogida que le dispensó el señor Rodríguez no pudo ser más cordial: bien es verdad que a su competencia unía el joven cierta distinción de maneras y una formalidad que le captaban las simpatías de todos.

Poco a poco se granjeó la voluntad de su patrón y llegó a manejar todos los negocios de la casa.

Imposible pintar la satisfacción de la Tía Mónica al ver los progresos de su hijo y el legítimo orgullo con que oía a los vecinos ponderar las prendas del joven forastero. Habría dado los años de vida que le quedaban, por poder decir a todo el mundo: "Ese joven que tanto elogiáis es hijo de esta

vieja y su educación es obra de esta pobre bruja!"

Y en la imposibilidad de hacer tan imprudente revelación, la Tía Mónica se alejaba suspirando.

Su instinto maternal descubrió una noche un secreto importante. ¡Jorge estaba enamorado! Tenía el señor Rodríguez una hija bellísima y modesta —Anita— y entre ambos jóvenes brotó desde el primer momento una corriente de simpatía que la convivencia convirtió pronto en amor. Estaba resuelto a confesarlo todo a su principal y a solicitar la mano de Anita; pero por consejo de la Tía Mónica aplazó su petición. Era preciso consolidar antes su posición y sobre todo ahorrar algo. Así lo hizo y el resultado confirmó la previsión de su madre. El señor Rodríguez aprobó aquellos amores y la boda quedó concertada para principios del año siguiente.

En diciembre se efectuaron las fiestas cívicas del pueblo, y a ellas concurren forasteros entre los cuales se encontraban tres o cuatro calaveras de la capital, antiguos condiscípulos de Jorge. Este se creyó en el deber de obsequiarlos y fue a cenar con ellos después de la corrida de toros. En la sala contigua al comedor se jugaba fuerte, y nuestros amigos, excitados por el champaña, resolvieron probar fortuna. Esa tarde había cobrado Jorge quinientos colones de un deudor del señor Rodríguez, y los llevaba en el bolsillo por no haber tenido tiempo de guardarlos en la caja.

Trastornado por el licor y deslumbrado por los montones de oro y de billetes, jugó por primera vez, jugó toda la noche, y al amanecer había perdido cuanto llevaba, inclusive el dinero que no era suyo.

Cuando el aire de la mañana hubo refrescado su frente, pensó avergonzado en su calaverada y recordó con horror que dos días después era el balance anual de la tienda. ¿Cómo confesar su falta, su cadena de faltas a un hombre de tan rígidos principios? ¿Dónde conseguir aquel dinero si había invertido todas sus economías en los preparativos de la boda?

Estaba perdido, irremisiblemente perdido. . . Posición, estimación, amor ... todo se había hundido en el abismo de aquella noche fatal.

A las diez, cuando la Tía Mónica llegó sigilosamente al cuarto de su hijo, sintió helársele el corazón. Echado sobre el escritorio, en el cual se veían algunos pliegos recién escritos, Jorge sollozaba con el rostro oculto entre las manos. Sobre los papeles había un revólver cargado. A fuerza de caricias y súplicas y de lágrimas la pobre mujer logró averiguar la causa de tan terrible determinación. ¡Cómo! ¡Si aquello no valía la pena!

¿No estaba allí su madre?

No, no había que menear la cabeza con desconfianza.

¿Qué estaba pensando? Ella tenía sus ahorros; si al día siguiente no estaba allí el dinero, podía él suicidarse si quería. Y así que le hizo jurar que no atentaría contra su vida hasta la noche siguiente y después de asegurarle de nuevo que para entonces traería los quinientos colones, la Tía Mónica se retiró llevándose el revólver.

Algunos curiosos la vieron otro día entrar con el rico don Alonso en la oficina del notario y salir luego con el rostro radiante de gozo y apretando algo bajo el raído pañolón. ¡Eran los quinientos colones en que había vendido su casa y su huerta que valían más de mil! Ocho días de plazo le había dado el comprador para desocupar la casa. ¿Adonde iría a refugiarse? ¿De qué viviría en adelante? ¿Qué importaban esas pequeñeces con tal de salvar el ídolo de su corazón?

Durante dos semanas la vieron por las calles del pueblo vendiendo potingues, pero ya no hortalizas,

cada vez más flaca y tosiendo sin cesar. Su hijo ignoraba la venta de aquella heredad que ni siquiera conocía, e ignoraba también que su madre vivía en un cobertizo azotado por el viento y por la lluvia.

"¡Cuánto sufriría si lo supiera!", pensaba la infeliz, cegada por su amor materno, sin comprender el profundo egoísmo de aquel hijo desnaturalizado.

Después... nadie la volvió a ver por las calles del pueblo. Devorada por la tisis, y postrada en el lecho, habría muerto abandonada si una vecina caritativa no le hubiera llevado de tarde en tarde algún socorro.

Una esperanza galvanizaba aún su endeble cuerpo: la de presenciar la boda de su hijo y confundida entre el gentío verle salir del templo, dando el brazo a la gentil Anita.

Faltaban apenas ocho días ...

¿Le concedería Dios tanta felicidad?

El viento de aquella sombría noche de enero azotaba el rostro de los escasos transeúntes con una llovizna fría y penetrante como puntas de agujas.

A las once no se veía un alma en las calles ni una luz en las casas: solamente los balcones de un edificio de dos pisos frente al Mercado proyectaban sobre la plazoleta cuatro barras de luz dorada. Dentro resonaban los acordes de la música, el rumor de las carcajadas y el chocar de los vasos . . .

A la misma hora, por la callejuela del río avanzaba penosamente una sombra, se detenía de cuando en cuando para apoyarse en las paredes o sentarse en una piedra, y continuaba luego su camino, casi arrastrando, murmurando entre accesos de tos: "¡Dios mío, dame fuerzas para llegar!"

Más de media hora tardó en recorrer los trescientos metros que la separaban de aquellos balcones. Al llegar frente a ellos se dejó caer extenuada sobre la hierba. ..

¿Era sueño o realidad?

Al través de las vidrieras vio una lujosa mesa guarnecida de señoras y caballeros: en el sitio de honor una bellísima joven vestida de blanco y coronada de azahares bajaba los ojos ruborizada y sonriente, mientras a su lado un apuesto mancebo murmuraba a su oído palabras de amor.

Y la moribunda pensó enajenada que toda aquella felicidad era obra suya, que su misión estaba cumplida, y que el cielo le había otorgado la recompensa debida a su heroica abnegación . . .

Y mientras en la sala continuaba el alegre concierto de la música y las risas, fuera la llovizna seguía cayendo, cayendo fría como el olvido y despiadada como el egoísmo.

A la mañana siguiente se encontró sobre la hierba de la plaza el cadáver de la Tía Mónica. Su rostro reflejaba aún en una inefable sonrisa la encantadora visión que tuvo al partir de este mundo.

EL TESORO DEL COCO

Publicado en el N° 1983 de El Pacífico del 26 de agosto de 1911.

Señor Redactor de EL PACÍFICO:

Al retiro en donde vivo hace más de un año, olvidado de Dios y de los hombres, ha llegado el rumor de que se proyecta una expedición a la Isla del Coco para buscar el tesoro enterrado por los piratas. Esta noticia me obliga a revelar un secreto que había pensado llevar conmigo al sepulcro. Helo aquí, señor redactor: el tesoro fue encontrado el 3 de mayo de 1910 por dos individuos: uno de ellos es el que esto escribe; en cuanto al nombre del otro me lo reservo por razones que expondré más adelante. En marzo de este año me encontraba yo en la vega del río Jesús María excavando sepulturas de indios, y ya había recogido buena cantidad de cacharros, hachuelas e ídolos de piedra, cuando una mañana mis dos peones desenterraron un esqueleto que por su tamaño y por la forma del cráneo no parecía pertenecer a la raza indígena. Sorprendido por el hallazgo hice remover cuidadosamente la tierra de la sepultura y apareció una daga muy oxidada y luego un tubito de hojalata bien conservado.

Dentro de él encontré un pedazo de pergamino amarillento, como de dos decímetros cuadrados, sobre el cual estaba dibujado un mapa. Era el contorno de una isla, trazado con tinta azul, sin detalles ni más nombre que el de Wafer en la parte inferior y una calavera en el ángulo superior izquierdo. Debajo del mapa estaba escrito en tinta roja: h. boulder, 150 y N. 10 y E. y luego estos tres nombres en columna: Wilson, Danbury, Mortimer.

Con rápida intuición adiviné la realidad y sentí latir el corazón violentamente. No había duda: aquel plano era de la Isla del Coco, la reconocí por su forma regular y por la palabra Wafer, una de sus pocas bahías. La h. quería decir high, alto, y la inscripción significaba del peñasco alto 150 yardas al Norte y 10 yardas al Este, distancias indicadas en el plano por una línea delgada con una perpendicular más pequeña en su extremo. Una crucecita roja sobre esa segunda línea señalaba el lugar donde estaba enterrado el tesoro; y los tres nombres del margen eran acaso los de los piratas poseedores del secreto. Si alguna duda podía quedarme, la disipó aquella calavera pintada en el pergamino como membrete, insignia de los corsarios. El esqueleto pertenecía probablemente a uno de ellos, muerto tal vez en el saqueo de la antigua Esparza.

Seguro de no equivocarme, y en un estado de excitación que usted, señor redactor, podrá imaginarse, me fui al día siguiente a Puntarenas a estudiar los medios de realizar mi expedición sin despertar sospechas. La cosa no era fácil; la isla dista unas cien leguas de la costa, e ir a ella en el vapor del gobierno era como publicar a voces mi secreto. Pero tampoco era posible hacer el viaje en un bote y mucho menos solo.

El diablo hizo que en el bote me encontrase con X, josefino desocupado, que había sido mecánico, boticario, empleado y jugador. Ninguno más a propósito para llevar a cabo mi idea: X había trabajado como maquinista en los vapores del golfo, había ido tres veces a la Isla del Coco, y era audaz e inteligente. ¡Maldito sea! Celebré con él una larga entrevista, le enteré a medias de mi descubrimiento, sin mostrarle el mapa y convinimos en que él conseguiría con un amigo una magnífica gasolina acabada de llegar al puerto y partiríamos pretextando una excursión por la costa de Golfo Dulce. Una serie de contratiempos nos impidió poner por obra el proyecto; pero al fin en la noche del 30 de abril nos encontramos a bordo del vaporcito, con combustible y provisiones para ocho días, dos picos, dos palas y dos excelentes escopetas. ¡Qué emoción cuando al amanecer del

día 1* de mayo nos encontramos fuera del puerto! La costa se iba esfumando en la lejanía y la embarcación hendía las verdes olas como una flecha.

En la tarde el mar se puso un poco picado y pude advertir cierta inquietud en el rostro del infame X.

—¿Teme usted que sobrevenga la tempestad? —le pregunté.

—No —me contestó—, pero creo que hemos perdido el rumbo. Es muy difícil encontrar esa maldita isla.

¡Qué noche, Dios mío! Las olas y el cielo parecían de tinta, el viento soplaba con violencia y la frágil embarcación subía y bajaba como un caballo en una carrera de obstáculos.

Al amanecer, X consultó sus instrumentos y me dijo que no estábamos tan extraviados como había creído: a la tarde la isla estaría a la vista y eso favorecía nuestros planes, pues era mejor arribar de noche sin ser notados por los colonos.

Como a las dos de la tarde un pico negruzco surgió de las aguas, ¡era la isla! Poco a poco fue apareciendo la cima de las verdes colinas y al caer la tarde pudimos divisar una ensenada, ¡la de Wafer, la bahía del tesoro!

Anclamos en ella ya entrada la noche, y como a las 11 desembarcamos con todo sigilo, provistos de una brújula, una cinta métrica, algunas estacas, una linterna sorda, picos y palas. No nos costó mucho encontrar el peñón indicado en el plano: era una roca negruzca que descollaba entre sus vecinas. Orientados por la brújula comenzamos a medir escrupulosamente las 150 yardas al norte y por fortuna encontramos el terreno libre de maleza. Tres veces repetimos la operación para estar más seguros y luego procedimos a medir las 10 yardas al este. Confieso que cuando clavé la estaca en el punto deseado, el corazón se me saltaba del pecho. La noche era oscurísima y una llovizna persistente calaba nuestros vestidos: pusimos manos a la obra y cavamos por espacio de dos horas sin resultado alguno. Mi compañero desalentado iba ya a soltar su herramienta cuando se me ocurrió escarbar un poco más a la izquierda. De pronto el pico chocó contra algo duro que produjo un sonido metálico. Acercamos la linterna, quitamos la tierra con la pala y apareció a nuestros ojos la tapa de un cofre forrado con bandas de hierro oxidado. La impresión fue tan grande que permanecemos un rato como petrificados; luego mi compañero forzó la tapa con el pico y entonces ¡Dios mío! la luz de la linterna cayó sobre algo que brillaba como millones de estrellas.

¡Custodias incrustadas de brillantes, cálices de oro, tachonados de perlas y rubíes, barras de oro y plata, onzas y escudos, joyas y mil objetos valiosos, arrebatados a las colonias españolas, robados en el Perú, México y Chile! Saqué el reloj: ¡eran las dos de la mañana del 3 de mayo de 1910! Como era imposible levantar el enorme cofre, llevamos a la lancha nuestra preciosa carga en varios viajes y a las tres y media de la mañana zarpamos silenciosamente de la isla. A bordo hicimos el recuento de nuestro tesoro; mi compañero, como jugador y perito en el avalúo de joyas, estimó por lo bajo nuestro hallazgo en cerca de dos millones de pesos oro. A mí me parecía estar soñando. ¡Dueño yo de dos millones de colones! ¡Cuántos planes hice en un momento! ¡Cuántos palacios fabriqué! ¡Cuántos viajes realicé aquel día a bordo de la gasolina!

Era el plan de mi camarada desembarcar secretamente rea de Tivives, ocultar el tesoro, devolver la lancha y luego dividirnos por partes iguales las joyas y el oro, embarcarnos para Europa y vender allá tantas riquezas.

La noche del 3 fue borrascosa: mareado, rendido de cansancio, sacudido sin cesar por el oleaje, no pegué los ojos un momento. Al amanecer, el mar se apaciguó un poco, pero no se veía tierra alguna

en el horizonte. A medio día apareció la línea azulada de las montañas costarricenses. ¡Oh fortuna!, estábamos a la altura de Tivives y al anochecer estaríamos en seguridad.

Eran las seis y media de la tarde cuando divisamos la rada a donde nos dirigíamos. Pero en aquel instante el océano se agitó de una manera extraña y con rumor formidable, mientras un resplandor rojizo iluminó el cielo, un enorme globo de fuego surcó el firmamento y fue a sepultarse en las aguas del Golfo de Nicoya (1). Tan inexplicable fenómeno fue lo único que nos ocurrió durante la travesía. A las diez de la noche desembarcábamos cerca de Tivives y después de cubrir el tesoro con ramas y algunas mantas sacadas de la gasolina, nos echamos en el suelo y nos dormimos profundamente. Cuando los rayos del sol me despertaron miré en torno mío: mi compañero no estaba allí; miré hacia el mar ¡la lancha había desaparecido! Lo comprendí todo: el infame había huido con el tesoro. Cuando llegué a Puntarenas, a pie y destrozado, la gasolina estaba allí, pero el ladrón había tomado el tren para San José. Observé que todos me miraban con curiosidad y recelo; me encerré en mi cuarto, tuve fiebre y creo que deliré toda la noche. Al siguiente día unos amigos me condujeron a la estación, uno de ellos me acompañó en el tren y al llegar a la capital encontré a mi familia esperándome afligida. Quise ir al punto en busca del traidor para exigirle lo que era mío; pero me lo impidieron mis parientes. Protesté, di voces, referí a gritos lo ocurrido, me sujetaron, forcejé.. . Después no supe de mí hasta que me encontré en la celda número 910 del Asilo Chapuí en donde he vivido un año sin más compañía que mi libro favorito, El escarabajo de oro, de Edgardo Poe.

En cuanto al villano estafador, al miserable ladrón, voy a... Señor redactor, cuando oiga usted contar que un millonario ha sido despedazado por una bomba o descuartizado a hachazos y su palacio reducido a cenizas, puede usted estar seguro de que me he escapado del Asilo y sabrá usted entonces el nombre del que desenterró conmigo el tesoro del Coco en la madrugada del 3 de mayo de 1910.

1. *Alude al terremoto que destruyó Cartago en la tarde del 4 de mayo de 1910*

ESPIRITISMO

¿Que por qué estoy siempre triste? —me dijo Raúl, reclinando lánguidamente la cabeza en la poltrona y dejando la pipa sobre la mesa—. A no ser porque eres mi amigo de veras, y sabes que tengo un cerebro sólido y no mal amueblado, me abstendría de referirte mi novela... ¡Quién sabe! Acaso el temor de que por primera vez dudases de mis palabras o me creyeses sugestionado por lecturas fantásticas, me había impedido revelarte antes de ahora este secreto que pesa sobre mi corazón como una lápida de plomo.

Cerró los ojos por un instante y guardó silencio, mientras yo contemplaba con admiración su rostro franco y su espaciosa frente guarnecida de cabellos blanqueados más por las penas que por el tiempo.

¿Recuerdas —continuó— cuando fui Inspector de Escuelas en Cartago hace veinticinco años? Tenía yo entonces veintidós. Era la época de los exámenes, y después de visitar no sé cuántas escuelas, harto de oír vaciedades y despropósitos, llegué un domingo a Juan Viñas. El salón de la escuela estaba repleto de gente. Comenzó el acto, y en el momento en que me disponía a interrogar a las alumnas, un rumor me hizo volver la cabeza hacia la puerta y la pregunta se me heló en los labios ... No ignoras que desde muchacho fui ferviente adorador de las mujeres y que en la época a que me refiero había tenido ya media docena de novias; sabes también que siempre he sido descontentadizo

y que hasta entonces no había encontrado ninguna beldad capaz de trastornarme el seso. Pues bien, la joven que acababa de entrar, saludada por un murmullo de admiración, era algo sobrenatural, algo que hace creer, aun a los más escépticos, en la existencia de un mundo habitado por criaturas superiores.

Su porte majestuoso, su rostro perfecto, ligeramente moreno, sus cabellos negrísimos, recogidos como los de las estatuas griegas, la serenidad olímpica de su frente sin un pliegue y de su boca sin una sonrisa... todo, todo hacía pensar en esos prodigiosos ensueños que el artista desespera de poder fijar en el lienzo.

Sus ojos pardos y grandes parecían iluminar con sus destellos la sala; y ¡cosa extraña!, estaban fijos obstinadamente en mí. Jamás he contado entre mis defectos el de la fatuidad; pero en aquella ocasión era imposible no rendirse a la evidencia. No sé cuánto duró el examen; sólo puedo asegurarte que ni un segundo, ni un instante dejamos de mirarnos. ¿De dónde nació aquella mutua fascinación? ¿Qué misterioso encanto tenían aquellos ojos para enloquecerme así?

Lo ignoro, pero su última mirada al abandonar el salón dejó en mi alma una estela luminosa.

—¿Quién es? —pregunté al maestro, que sonreía maliciosamente.

—No lo sé; unos dicen que es italiana, otros que es griega o árabe. Se llama Lelia y vive aquí en compañía de su padre, que parece muy rico y bien educado. Y lo más raro —continuó el maestro— es que esa joven nunca vuelve a mirar a nadie, ni asiste a reuniones, ni visita: no me explico por qué vino hoy al examen.

En la tarde la volví a ver en la calle, escoltada por un anciano pulcramente vestido. La seguí como un colegial y jamás dejó de mirarme intensamente al doblar una esquina. En la plazoleta de la iglesia me encontré tan cerca de ellos que puede oír la conversación de la niña, su voz argentina y de una dulzura infinita, más penetrante aún que su mirada.

¿En qué idioma hablaba? Jamás pude saberlo: era más suave que el italiano, tenía inflexiones más armoniosas que el francés y más sonora gravedad que el castellano. Pero lo más raro es que yo entendía aquella habla divina... ¿Resonaban realmente en mis oídos aquellas palabras o las estaba leyendo en aquellos ojos? "Te amaba antes de conocerte, te amo ahora y tú serás mi único amor, como yo el tuyo".

Cuando ya su traje blanco iba a trasponer el umbral de la casa, sombreado por el crepúsculo, ella me miró por última vez y dejó caer disimuladamente una rosa que llevaba al pecho. La rosa está aquí todavía —prosiguió Raúl señalando el bolsillo interior de su levita— y la mirada está grabada más adentro, donde nada ni nadie podrá borrarla.

Tú me lo dirás cuando concluya.

¿Fue realmente la última mirada?

Al regresar aquella noche a mi alojamiento recibí un telegrama en que el Ministro me ordenaba presentarme al día siguiente en su despacho.

Ya puedes imaginarte la tristeza con que salí de madrugada para llegar a tiempo de tomar el tren. La casa de Lelia estaba cerrada y silenciosa ... Tuve entonces una idea: me acerqué a la ventana de su cuarto, y en la vidriera grabé con una sortija estas palabras: Te adoro, volveré. R.

De San José partí con una comisión para Liberia en donde permanecí un mes, y a mi regreso caí gravemente enfermo.

Cuando al cabo de seis semanas recuperé la salud, mi primer pensamiento fue volver a Juan Viñas. Y volví . . . para encontrar que mi adorada desconocida había partido. La casa estaba desocupada. Me acerqué a la ventana y un rayo de esperanza iluminó de pronto el negro cielo de mi tristeza. Debajo de la despedida que escribí en el cristal una mano femenina había rasgado estas palabras: Te esperaré siempre. L. -

Volé a Limón, inquirí, interrogué a todos mis conocidos, y al fin uno de ellos, empleado de la aduana me dijo: I hace dos meses se embarcó esa joven en el vapor Alexander: la recuerdo por su extraordinaria belleza... Sí, se llamaba Lelia; el anciano que la acompañaba la llamó así en mi presencia. Pero... ¿no sabes que el Alexander nunca llegó a New York? Se supone que se perdió totalmente.

Han pasado muchos años desde el día espantoso en que recibí tan atroz herida en mitad del corazón.. . Los azares de la vida me han llevado de aquí para allá como brizna con que juegan las olas: he saboreado los triunfos del arte y las amarguras de la política, he viajado, he amado . . . Pero en medio de los aplausos, en los salones de los palacios, en las alcobas cortesanas, en las calles de las ciudades extranjeras, en el mar inmenso, en el cielo poblado de constelaciones desconocidas, los ojos pardos y fascinadores de la misteriosa niña brillaban siempre delante de mí con la fijeza de las estrellas.

—Y ahora —prosiguió Raúl, encendiendo la pipa y bajando la voz—, llego a la parte de mi narración que a nadie más que a ti me atrevería a referir, temeroso de que me tomaras por un alucinado o un embustero, y bien sabes que no merezco aquel calificativo ni toleraría este insulto. Juzga tú mismo.

El mes pasado, al regresar de la misión diplomática que me llevó a Guatemala, me embarqué en el Newport anclado en el puerto de San José. El barco debía zarpar a las diez de la noche, y a las ocho estaba yo recostado en la borda contemplando las lejanas luces del muelle, cuando súbitamente experimenté una sensación extraña, como si una fuerza magnética me moviera contra mi voluntad. Volví la cabeza... ¡Cielo santo!... Siempre me he vanagloriado de ser dueño de mis nervios y los he puesto a prueba en varias ocasiones; pero en aquélla, francamente lo confieso, tuve miedo y me juzgué víctima de una alucinación. A dos pasos de mí, iluminada por el farol de proa, una joven enlutada me miraba fijamente. ¡Era ella, era Lelia, tal como la conocí veinticinco años antes!

Su rostro virginal tenía la misma expresión etérea de infinita melancolía. Y me habló... sí, era la misma voz dulce y penetrante, el mismo idioma extraño y musical que no se parecía a ninguna lengua humana y que, sin embargo, yo entendía perfectamente. Eran palabras de amor, de amor inmutable más poderoso que la muerte. ¿Qué importaba la separación? Pronto nos uniríamos para siempre . . . No sé lo que dije, si es que realmente dije algo; oprimí una de sus manos y me pareció fría como una tumba. Poco después se desasíó suavemente y con una aguja de oro que arrancó de su peinado escribió algo en la borda; luego me miró con los ojos llenos de lágrimas y fue a reunirse con una dama enlutada que la aguardaba a cierta distancia. Lleno de curiosidad encendí un fósforo para leer lo que ella había escrito: el fósforo se me escapó de los dedos y me senté en un banco para no caer, apretándome las sienes con las manos para que no se me escapara la razón. ¿Sabes lo que leí? Te esperaré siempre. L.

Permanecí trastornado largo rato; apenas pude coordinar las ideas corrí por todos los pasillos en busca de las dos enlutadas... El barco empezaba ya a andar, y a estribor el segundo oficial vigilaba

la operación de izar y asegurar la escala. Le pregunté en inglés: ¿Sabe usted en qué camarote están dos señoras enlutadas que llegaron esta noche?

—No son pasajeras, me contestó; vinieron de paseo y hace media hora regresaron al puerto.

Calló Raúl y cerró los ojos. Yo no me atrevía a interrumpir su profunda meditación y me puse a cavilar la extraña historia que acababa de oír. ¿No había perecido la misteriosa niña en el naufragio del Alexander? Y aún suponiendo que se hubiese salvado, ¿cómo era posible que apareciese después de veinticinco años tan joven como la primera vez?

¿Sería acaso la enlutada del Newport hija de la verdadera Lelia? En tal caso, ¿no sería Lelia la que la acompañaba? Pero, ¿con qué fin fueron a bordo? ¿Por qué tanto misterio? De mis cavilaciones me sacó la voz de Raúl que decía: —Mi resolución está tomada: dentro de ocho días partiré para Guatemala e iré hasta el fin del mundo si es preciso, con tal de resolver este enigma que me atormenta.

El propósito de mi pobre amigo no llegó a realizarse. Un día recibí de Puntarenas este telegrama: Ven pronto. Estoy enfermo en el hotel. Raúl.

Partí al día siguiente y llegué al puerto ya entrada la noche. En la estación supe que Raúl atacado de extraña enfermedad, había muerto a las seis de la tarde. Quise verle por última vez y me dirigí al hotel. Daban las ocho y doblaban las campanas de la iglesia vecina cuando comencé a subir la vetusta y crujiente escalera; faltábanme apenas tres o cuatro escalones cuando percibí la estancia mortuoria; di un paso y vi el ataúd entre cuatro cirios; subí otro escalón y... ¡horror!... Una figura esbelta y enlutada estaba de hinojos al lado del cadáver. La vi levantarse y dirigirse hacia la puerta... Quise gritar y mi lengua parecía de plomo; traté de huir y las piernas no se movieron. La enlutada pasó casi rozándome, y a través del espeso velo que cubría su rostro vi fulgurar dos ojos que me helaron la sangre. Apenas me repuse bajé la escalera, avergonzado de mi pueril temor, e interrogué a un agente de policía que estaba en la puerta de la fonda. ¡Nadie había pasado!

Entonces huí de allí como de un lugar maldito y corrí al parque en donde bullía el gentío y tocaba la banda militar. Y al palpar allí la grosera realidad de la vida, experimenté la satisfacción del que despierta de una pesadilla, después de haber viajado por el país de la muerte y del misterio.

EL SECRETO DE LELIA

Un mes después de publicada en una revista la verídica relación que con el título de Espiritismo aparece en este volumen, recibí de Guatemala una carta, escrita con caracteres menudos y aristocráticos, cuyo contenido causará en el lector la misma sorpresa que a mí me produjo. La copio textualmente:

"Muy señor mío: Como esas flores marchitas que escondidas entre las hojas de un libro evocan en nuestro ánimo toda una historia de amor, así el artículo que usted dedicó a mi pobre Raúl ha hecho revivir en mi memoria un pasado melancólico que en vano he tratado de cubrir con la losa del olvido. A usted que fue su mejor, acaso su único amigo, puedo confiarle mi secreto sin temor de que lo juzgue pueril o ridículo.

"Soy árabe, me llamo Lelia y nací en Esmirna. Mi padre, después de poseer grandes riquezas que le permitieron darme en París esmerada educación, perdió de golpe toda su

fortuna y murió casi al mismo tiempo que mi madre, dejándome al cuidado de un amigo íntimo suyo, hombre de edad madura, acaudalado, instruido y bondadoso.

"En compañía de mi tutor viajé por Suiza, Italia y España, y en este último país ocurrieron los dos sucesos que trazaron el rumbo de toda mi vida. Fue el primero mi casamiento. Mi protector se enamoró de mí, y no pude negarle mi mano. ¿Cómo pagar con una cruel negativa la solicitud de aquel hombre generoso que había sido para mí el mejor de los padres? Era yo entonces casi una chiquilla, ignorante del mundo y con la mente poblada de extrañas fantasías. De temperamento apasionado y vehemente, me había forjado acerca del amor una peregrina teoría: creía que Dios encarnaba en cada individuo apenas la mitad de una alma, colocando la otra en una persona del sexo contrario, y que cuando esos dos seres se encontraban frente a frente, atraídas por irresistible afinidad las dos porciones se fundían, se soldaban de un modo indisoluble y resultaban así los matrimonios perfectos. ¿Dónde habitaba, pues, la otra mitad de mi alma? ¿Estaba yo condenada a no encontrarla nunca? ¡Cuan pronto ¡ay! y cuan tarde salí de mi error!

"En extremo aficionada a la lectura, nunca dejaba de hacer buen acopio de libros en cada una de las ciudades que visitaba. Sola en una fonda de Madrid —mi marido estaba en Toledo— leí una noche un tomo de versos comprado el mismo día; lo leí de un tirón, trastornada y febril. ¿Qué mágico hechizo ejercieron sobre mí aquellas estrofas apasionadas, candentes, para disipar de un soplo la serena placidez de mi existencia, arruinando mi felicidad para siempre? ¿Por qué singular prodigio, a mil leguas de distancia, en Costa Rica, país hasta entonces desconocido para mí, pudo un hombre interpretar tan fielmente mis sentimientos, mis ideales, mis pensamientos más recónditos? ¿Por qué la hermosa y varonil figura del poeta, cuyo retrato vi en la primera página, me fascinó como si fuera el complemento de mi ser, el único mortal a quien yo habría amado como saben hacerlo las mujeres de mi raza?

"Puro romanticismo, locuras de colegiala, pensarán los escépticos; pero yo opino que en todo ello anduvo un poder misterioso, la fatalidad o la Providencia. ¿Quiere usted una prueba? Al día siguiente, al regresar de su viaje mi esposo, sus primeras palabras fueron éstas: He resuelto hacer grandes compras de café y el mes entrante partiremos para Costa Rica. Aún ahora mismo me admiro de que no advirtiera en mi silencio y en mi semblante la espantosa conmoción que esas sencillas palabras produjeron.

"Llegamos allá y fijamos nuestra residencia en un pueblo pintoresco en donde me encerré, resuelta, como esposa que sabe cumplir sus deberes, a evitar las ocasiones de encontrarme con él; pero el Destino hizo que él llegara hasta mi retiro, y una fuerza irresistible me llevó a su presencia. Nos conocimos, nos miramos, nos adoramos. No soy hipócrita. Hay en mi alma tanta altivez como franqueza; pues bien, si aquel domingo inolvidable hubiese llegado Raúl hasta mí . . . no sé, no quiero pensarlo, no me atrevo siquiera a imaginarlo . . . Pero partió al siguiente día y le esperé en vano, y con la ausencia volví a la razón y me detuve al borde del abismo. Yo misma aconsejé a mi esposo que nos trasladáramos a Guatemala y él accedió sin sospechar siquiera lo heroico de mi sacrificio.

"Nos embarcamos en el Alexander, y como este vapor se hundió pocos días después de habernos dejado en Puerto Barrios, es explicable el error de Raúl al suponer que habíamos perecido en el naufragio.

"En San José de Guatemala nació mi hija Olga y allí murió diez años más tarde mi marido.. ¿Por qué entonces, ya libre, no pensé en volver a Costa Rica, puesto que el corazón me decía que él no me había olvidado ni me olvidaría jamás?

"Al cabo de veinticinco años de ausencia le vi otra vez; pasó por mi calle, sin sospechar que me tenía tan cerca. Cuando volvió de la capital al puerto para regresar a su patria no pude resistir la tentación de verle por última vez y fui por la noche a bordo.

"Olga es mi vivo retrato. Yo la enseñé a amar al poeta al través de sus versos, y aleccionada por mí representó la escena que usted conoce. Mi conducta en aquella ocasión parecería extraña a quien no sabe los secretos de las almas femeniles. ¿A qué romper el encanto de nuestro mutuo en-• sueño, presentándome envejecida a los ojos del que me había amado joven y bella? ¿No era preferible ocultarme como se ocultan los pájaros para morir? Mas al separarnos para siempre necesitaba saber si yo vivía aún en su recuerdo, si podía acariciar en mis últimos años la ilusión de ser amada, adorada como nadie lo ha sido nunca. Y realicé mi deseo, y escondida en la sombra lloré de felicidad al ver a Raúl absorto, paralizado ante Ja aparición que él creía ser la misma de otro tiempo ya distante.

"Raúl murió pensando en mí, como yo moriré contemplando sus hermosos ojos al cerrar para siempre los míos. ¿Podrán igualar nunca los goces del amor a los de este otro amor purísimo, abrasador e inextinguible?

"Ya ha oído usted mi confesión. En cuanto a la enlutada que vio usted en la estancia mortuaria, si no fue una alucinación muy natural en tales circunstancias, pudiera tener una explicación más sencilla, aunque para mí más dolorosa. ¡Era Raúl tan digno de ser amado!"

Hasta aquí la extraña epístola. Posteriormente hallan-, dome de paseo en Guatemala, quise conocer a Lelia. Ni en la capital ni en el puerto de San José pudieron darme noticia alguna de ella ni de su marido. Más aún: las autoridades de Puerto Barrios me certificaron que el vapor Alexander en su último viaje no había desembarcado ningún pasajero en aquella ciudad.

EL SILBATO DE PLATA

"A bordo del Red Star se necesita un marinero experto, robusto, avezado a los peligros y que sepa hablar inglés. Contrata por dos años; salario, sesenta dólares al mes. En caso de muerte su familia recibirá indemnización de mil dólares".

Este aviso, escrito en inglés y en castellano y pegado en uno de los postes del muelle de Puntarenas, atrajo la atención de los desocupados que desde el amanecer habían acudido a la playa para admirar el esbelto yate pintado de blanco con una estrella roja en cada banda, cuyo casco se mecía indolentemente como un cisne en las verdosas aguas de la bahía.

El Red Star era propiedad del renombrado naturalista y archimillonario inglés Mr. Evans, quien después de recorrer las regiones menos conocidas del Brasil, se preparaba a explorar las no menos misteriosas del Asia Central, dejando depositadas en Puntarenas algunas de sus valiosas colecciones.

Cuando los curiosos comenzaron a desbandarse, uno de ellos se alejó cabizbajo, repitiendo entre dientes: "Me conviene, no hay duda". Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, fornido, moreno, de fisonomía inteligente y enérgica. Feliciano o Chano, como le llamaba todo el mundo, había servido seis años en los vapores ingleses de la India; pero cuando se casó echó el ancla en su pueblo natal y se dedicó al aleatorio negocio de la pesca. Nadie más valiente, honrado y feliz que él; en su humilde vivienda moraban la dicha y la paz: su esposa, modelo de virtudes; su hija María,

guapa, hacendosa y honesta.

Durante el frugal almuerzo discutió el anuncio del Red Star, y no sin gran trabajo logró Chano convencer a las dos mujeres de las ventajas de su proyecto. De los sesenta dólares les dejaría cincuenta, con los cuales pasarían holgadamente y aún podrían ahorrar algo en dos años. Aquella misma tarde firmó su contrata, y al día siguiente, después de una tierna despedida, regada con abundantes lágrimas, partió para el Lejano Oriente.

Desde todos los puertos en que hizo escala el yate, escribió largas cartas a su familia, sin esperar contestación, pues no lo permitía el caprichoso itinerario del doctor Evans. Durante dos años recorrieron los expedicionarios casi toda la región central de la India y volvieron a Puntarenas para despachar a Europa las antiguas y las nuevas colecciones. Proponíase el célebre naturalista explorar en seguida el norte de la China, y especialmente el Tibet, en donde es fama que hay plantas medicinales de rara virtud; y estando muy satisfecho de los servicios de Chano, le instó para que le acompañase, ofreciéndole magnífico salario. El marinero aplazó su respuesta hasta ver a su familia, y saltó a tierra para abrazar a las prendas de corazón. Más ¡ay! volvió para encontrar la casita cerrada, la esposa muerta y la hija desaparecida. Seducida por un rico libertino de la capital, María había huido del hogar paterno y según decires había dado a luz un niño, la misma semana que la esposa de Chano moría de dolor y de vergüenza.

El primer impulso del marinero fue ir a San José y clavar su cuchillo en el pecho del miserable; pero el seductor L... andaba con su esposa de paseo por el Viejo Continente.

Chano tomó en un momento su resolución: volver a bordo, renovar su contrata por cinco años y buscar la muerte en las apartadas tierras a donde se dirigía el sabio naturalista.

Entre las innumerables y dramáticas aventuras que ocurrieron a los expedicionarios en los países semisalvajes del norte de la China, una, sobre todo, estaba destinada a grabarse de un modo indeleble en la memoria de Chano.

Una vez cerca de Gorghí un grupo de aldeanos furiosos iba a despedazar a un pobre buhonero que yacía mal herido en tierra. El marinero intervino y como su revólver y su uniforme europeo infundieron respeto a la chusma, pudo llevarse al pobre diablo hasta el campamento, sin olvidar el cajón de sus baratijas. El estado del chino era grave; así lo comprendió éste, y llamando aparte a su salvador le dijo en pésimo inglés: "Para recompensar tu buena acción voy a proporcionarte los medios de hacerte rico. Hay aquí una enfermedad horrible e incurable —el cáncer del Tibet— que comienza en la boca, se extiende por toda la cara y hace morir al enfermo en medio de atroces dolores".

Y abriendo el cajón lleno de juguetes, campanillas, flautas y otras chucherías, sacó del fondo un estuche de latón. "Aquí dentro —continuó el chino— hay un silbato de bambú: basta tocarlo para contraer la enfermedad. Y aquí —añadió abriendo una cajita de laca— está el remedio que sólo yo conozco". Era un silbato de plata en forma de dragón con la cola dirigida hacia atrás. "Al soplar —prosiguió el buhonero— sale por la cola del dragón un polvillo que se deposita alrededor de la boca y el mal desaparece en dos días. Así contagié a los aldeanos más ricos de estos lugares y me hice pagar bien la curación; pero los malditos sospecharon algo y por eso me querían matar. Llévate estos dos silbatos a tu país y con ellos podrás ganar mucho dinero".

Cumplida su contrata, volvió Chano a Puntarenas, en donde le esperaba un nuevo y doloroso golpe: su hija había muerto en la mayor miseria y el niño había sido encerrado en un hospicio de huérfanos.

Desde entonces la vida de Chano tuvo por objetivo una sola aspiración: la venganza. Un día en que rumiaba la amargura de sus recuerdos, atizando el odio con la representación de su hogar perdido, se le ocurrió de improviso un plan terrible. No en balde se pasan cinco años entre los tártaros, refinados artistas del suplicio, para quienes la muerte no es un castigo sino una gracia concedida a la víctima, puesto que pone fin a sus atroces torturas.

Recogió Chano a su nietezuelo, hermoso e inteligente chiquillo, rubio como las espigas maduras; se trasladó con él a San José, y con sus economías que ascendían a una respetable suma, compró una tienda frente al Parque Central, a pocos pasos de la suntuosa mansión que el señor L... habitaba desde que enviudó, sin más compañía que la de su hijo Jorge, simpático chicuelo de ocho años, que era el encanto de su padre.

Y sucedió lo que el marinero había previsto: los dos niños jugaban todas las mañanas en el parque y acabaron por ser íntimos amigos.

Por aquellos días causó grande alarma en la capital la noticia de haber aparecido una enfermedad espantosa y extraña, especie de cáncer que comenzando en el labio inferior se iba extendiendo rápidamente; y el terror subió de punto cuando la Facultad de Medicina, después de escrupuloso examen, declaró que los pacientes en observación estaban atacados de cáncer del Tibet, mal incurable y en extremo contagioso. Eran los enfermos dos sastres, vecinos y asiduos parroquianos de Chano en cuya tienda pasaban largas horas, contemplando y revolviendo las mil chucherías orientales que éste tenía de venta.

Al saber Chano la opinión de los médicos solicitó permiso para curar a sus amigos, el cual le fue concedido entre un coro de sonrisas burlonas y puyas de los facultativos; pero tres días después los hombres de ciencia se pusieron serios cuando los periódicos refirieron los detalles de la milagrosa curación.

Chano salía sólo de noche; una mañana sin embargo fue con su-nieto al parque, en donde no tardó en reunírsele el hijo del señor L... En un momento en que Enrique se alejó rodando un aro, el vengativo marinero sacó del estuche de latón el fatal silbato de bambú y prestóselo a Jorge para que jugase. Quitóselo en seguida y se alejó pálido y trémulo como el que acaba de cometer un crimen. Al llegar a casa arrojó el estuche al fuego y se cubrió el rostro con las manos.

Antes de finalizar la semana volvió la prensa a llenar de zozobra a la capital, anunciando la aparición de un nuevo caso del terrible cáncer. Tratábase esta vez del hijo de un millonario, el señor L..., ante el cual se vieron obligados los médicos a conocer su impotencia, aconsejando al afligido padre que recurriese al tendero su vecino. ¡Cómo se regocijó L... al saber que tenía tan cerca el remedio! Estaba dispuesto a dar toda su fortuna, su vida si era preciso, para rescatar la de aquel hijo idolatrado.

En la salita sencillamente amueblada, el viejo marinero, de codos en su mesita y con los puños en sus mejillas, está absorto en profunda meditación, mientras la luz de la lámpara hace brillar como hilos de plata las canas de sus sienas. Al través de la cortina de percal que separa la sala de la alcoba se oye la pausada respiración de Enrique, que duerme el sueño de los ángeles. ¡Pobrecillo! ¡Qué triste está desde que no ve a su amiguito en el parque!

Dieron las diez y ya iba Chano a recogerse, cuando llamaron a la puerta. Antes de abrir, su corazón había reconocido al importuno. Era él, el enemigo, el infame seductor.

Sin decir su nombre ni dar excusas por lo intempestivo de su visita, L... loco de dolor, expuso su pretensión en frases incoherentes. "Salve usted a mi hijo, repetía sin cesar: véndame ese silbato de

plata con que curó usted a los dos artesanos. .. Daré por él todo lo que poseo.. . Pediré limosna.. . ¡Sálvelo, por Dios! . .

Chano avanzó dos pasos hacia su interlocutor, que se había dejado caer sobre una silla. Su rostro hasta entonces impasible como el de una esfinge adquirió de pronto una expresión de placer feroz, de saña satisfecha. "Hace años —dijo lentamente— vivía en Puntarenas un pescador feliz con el amor de su mujer y de su hija. Un infame sin conciencia sedujo a la joven ... La madre murió de pesar y de vergüenza: la hija murió de hambre, dejando un niño abandonado .. . Ese niño —continuó Chano señalando la alcoba— duerme ahora allí, mientras su abuelo saborea su venganza, devolviendo al miserable todo el mal que hizo".

L... retrocedió anonadado, mudo; pero luego se repuso y gritó desesperadamente: "Sí, yo soy un criminal... Máteme usted, es justo. Aquí estoy... No me defenderé. ¡Pero mi hijo es inocente! ... ¿Qué mal le ha hecho a usted?"

A estas vehementes frases respondió Chano con una calma que enfriaba la sangre en las venas: "Yo no necesito ni sus riquezas ni su vida; salga usted de aquí". Y asiendo al infeliz millonario de un brazo, le echó a la calle y cerró con llave la puerta.

Aniquilado por una noche de insomnio y de fiebre se levantó Chano antes del amanecer y salió de la ciudad sin rumbo fijo: deseaba refrescar su frente con el aire del campo y distraer su espíritu para olvidar el pensamiento que le atormentaba. Volvió a la hora de comer, entró con paso rápido en la sala, abrió la gaveta de su mesa y no pudo contener una exclamación. La cajita de laca había desaparecido.

—¡Enrique! ¡Enrique! —gritó. Acudió el niño y al ver a su abuelo delante de la gaveta vacía, palideció, tembló y se echó a llorar desconsoladamente—. Tú sacaste de aquí el silbato que te había prohibido tocar ¿verdad? —dijo el marino con severidad.

—¡Perdón, abuelito, perdón! Te lo voy a contar todo ... todo ... —balbuceó Enrique— Anoche desperté... y vi en la sala al papá de Jorge... Y oí que te pedía ese pito de plata... porque si no ... mi amiguito se moría. Cuando me levanté estaba la gaveta abierta y... Los sollozos del niño redoblaron. —Sigue —murmuró Chano, pálido como la cera. —Sí, cogí la caja... corrí... El papá estaba en la puerta con otro señor... Me despachó enojado; pero le dije a lo que iba y le di la caja. .. Entonces me besó, me abrazó; lloraba y se reía; quiso darme mucha plata y no quise recibirla ... ¡Qué contento estaba Jorge!... ¿Por qué fuiste tan malo anoche, abuelito?

Chano no pudo proferir palabra, embargado por la más intensa de las emociones. Sentó al niño sobre sus rodillas, le abrazó estrechamente, y por primera vez desde la muerte de su esposa derramó gruesas y candentes lágrimas que caían una tras otra sobre aquella cabecita rubia, jaula de oro en donde revoloteaban pensamientos inocentes como los pajarillos y fragantes como las rosas.

A PARIS

Toda familia en la que el marido se complace con su mujer y la mujer con el marido, tiene asegurada para siempre su felicidad. (Código de Manú, Libro V).

Los contornos de árboles y edificios se esfumaban en la niebla de aquella melancólica tarde de octubre. Los coches parados en frente del andén parecían restos informes de embarcaciones sumergidas en un mar de almidón. Bajo la ahumada galería de Ja Estación del Atlántico conversaban varias personas, volviendo de cuando en cuando la cabeza hacia el este, cual si quisiesen traspasar con sus impacientes miradas la vaporosa cortina que interceptaba la vía.

—Las cinco y cuarto, y todavía no se oye el tren —dijo un joven moreno y simpático, retorciéndose el bigotillo negro con esa vivacidad peculiar de los hombres de negocios— ¿Habrà ocurrido otro derrumbamiento en Las Lomas?

—No —respondió un caballero de patillas grises, púlcramente vestido—; acaba de decirme el telegrafista que el tren salió ya de Cartago. No debe tardar.

Y como si estas palabras hubieran sido una evocación, resonó ya cercano el prolongado silbido de la locomotora, y un minuto después la panzuda y negra máquina hacía trepidar el suelo, atronando la galería con sus resoplidos y con el rechinar de sus potentes miembros de acero. El tren se detuvo. Un torrente de viajeros se precipitó de los vagones: excursionistas con morrales y escopetas; negros y negras con cestas llenas de pinas o bananos; jornaleros flacos y amarillentos que volvían a sus casas, carcomidos por las fiebres de Matina, turistas recién llegados, en cuyas valijas habían pegado sus marbetes azules, blancos o rosados todas las compañías de vapores o de ferrocarriles; marineros que venían a la capital a olvidar siquiera por un día el penoso servicio de a bordo.

El grupo que aguardaba la llegada del tren se acercó presuroso a uno de los balconillos, sobre el cual acababa de aparecer un joven alto, delgado, de fisonomía franca y agradable, labios sensuales y ojos llenos de fuego. Vestía un largo gabán gris y llevaba en la mano un saco de viaje.

Cruzados los abrazos y preguntas de rigor, se dirigieron todos a los coches alquilados de antemano. El viajero ocupó uno con el joven de bigotillo negro, y en todo el camino no se interrumpió un instante su íntima y animada charla.

—¿Has visto a Luisito?

—He ido tres o cuatro veces a tu casa y tanto él como Adela están perfectamente. Y tú ¿has gozado mucho?

—Bastante —contestó el viajero suspirando—, pero te confieso con sinceridad, Ernesto, que me he arrepentido de haber ido a Europa. Antes vivía yo tranquilo en este rincón, que era para mí el más bello de la tierra; pero después de haber pasado seis meses en un mundo tan superior en cultura y de una vida intelectual tan intensa, comprendo que ya no podré resignarme a vegetar aquí como en otro tiempo.

—La canción de todos los que van por allá abajo: se meten en trapicheos amorosos con alguna francesita pizpireta, y vienen luego a renegar de la tierra natal. Tú has tenido algún lío, Federico, no me lo niegues.

El aludido iba a contestar, pero en aquel momento el carruaje se detuvo a la puerta de una casa de bonita apariencia. En el umbral estaba una joven morena, de ojos negros y rasgados, cuyo pecho palpitaba de emoción bajo la suelta bata blanca que dejaba adivinar un cuerpo bien modelado.

Tenía en los brazos un chiquitín rubio y regordete que tendía los suyos al recién llegado.

La cena fue bulliciosa y cordial; sin embargo, una leve nubecilla que no pudo pasar inadvertida para la enamorada esposa, parecía sombrear la frente del viajero.

Retiráronse todos los convidados, menos Ernesto, que permaneció largo rato conversando con su amigo en un extremo del corredor. Aquella noche, cuando Federico y su hijo se hubieron dormido, la pobre Adela ocultó su rostro entre las almohadas para ahogar un sollozo.

Federico Alvarez había recibido de sus padres esmerada educación y de la naturaleza una aptitud poco común para las bellas artes; desgraciadamente era éste su único patrimonio, y para atender a sus necesidades materiales se vio obligado a dedicarse a los negocios, instado y ayudado por Ernesto Jiménez, antiguo condiscípulo suyo, hijo de uno de los más acaudalados comerciantes de Costa Rica.

Era ya socio de la casa Jiménez & Co. cuando Conoció a Adela Martínez, adorable criatura a quien asediaba un ejército de pretendientes. Más afortunado Federico, logró rendir aquel corazón inaccesible, y pocos meses más tarde la bendición nupcial consagraba la unión de los dos seres más enamorados y felices de la tierra.

Durante dos años su existencia fue un verdadero paraíso, pues no contenta la fortuna con haber derramado sobre ellos salud, bienestar y amor, colmó sus dones con un precioso chiquitín cuyos bracitos formaron nuevas cadenas de flores entre aquellas dos almas.

La primera nube que empañó el cielo de su ventura fue el inesperado viaje de Federico. Uno de los dos socios debía ir a Europa a hacer las compras directamente en las fábricas. Ernesto estaba enfermo. ¿Qué hacer? Los negocios no admiten demora... No había motivo para afligirse tanto. Unas cuantas semanas pasan tan pronto... ¡Tontuela! "La separación es nuevo incentivo para el amor y además, ¡qué inefable placer el del regreso!"

Y amaneció por fin el día fatal: ella ahogada en llanto, no pudo articular palabra; y él, al tratar de consolarla, lloraba también como un niño.

Mas ¡ay! al volver, en aquella melancólica tarde de octubre, sólo ella vertió lágrimas de gozo.

Con esa perspicacia natural de las mujeres en achaques del corazón, aguzada por la idólatra devoción que la costarricense profesa a su marido, comprendió Adela que Federico no era ya el mismo. La encontraría fea y cursi, ¡él que se había codeado allá con tantas damas bellas y elegantes!

Era preciso luchar a todo trance con los recuerdos del distraído esposo, hacer que la imagen de su mujercita volviera a ocupar el santuario que la habían usurpado aquellas parisienses embadurnadas de colorete.

¡Cómo se cuidó en adelante de los detalles del peinado, del corte irreprochable del vestido, de los secretos del adorno puesto con estudiada coquetería! ¡Con cuánta habilidad fue sonsacando a su marido las cosas que más le habían agradado, los platos más sabrosos, el arreglo de los muebles, los refinamientos de la vida parisiense! ¡Cómo se coloreaban de placer sus mejillas cuando él consagraba un cumplido a la elegancia de su traje o al arte exquisito con que disponía la mesa!

A mediados de diciembre anunció Federico a Adela un nuevo e inesperado viaje: la casa iba a entablar demanda contra una compañía francesa y era preciso que uno de los socios dirigiera en París el litigio, pues no era cosa de perder así no más cien mil francos. Tampoco esta vez podía Ernesto encargarse de la comisión, pues su padre estaba gravemente enfermo.

La noticia fue una cruel puñalada para Adela. ¿De manera que toda su paciente labor de reconquista iba a resultar estéril? ¡Volver Federico a París, cuando aún no se habían borrado de su memoria aquellos malditos recuerdos ni de su frente aquella nubecilla que desesperaba a su afectuosa compañera! Un ominoso presentimiento le decía que de esta vez iban a robárselo para siempre aquellas aborrecidas mujerzuelas. Pero, ¿cómo impedir el fatal viaje?

Quedaba un recurso: ir ella y llevar también a Luisito...

No, jamás se atrevería a proponérselo a su esposo: no eran ricos, y un viaje de algunos meses cuesta mucho dinero. Además, la estación no era la más propicia para ir a Europa, y la crudeza del invierno sería tal vez mortal para el niño.

Y la pobre desde entonces vertió amargo llanto, y sólo tuvo un momento de consuelo cuando vio que su marido partía conmovido y lloroso. ¡Benditas lágrimas que fueron para ella un rayo de esperanza! . . . Sus temores eran, pues, absurdos ... El la amaba todavía.

*
* *

Nevaba. Los carruajes que desembocaban sin ruido en la calle de Richer se detenían en el círculo luminoso que proyectaban los faroles de "Folies-Bergere", para vaciar bajo la marquesina del teatro su cargamento de mujeres alegres.

De un cupé descendió una pareja que atrajo las miradas de los curiosos. Ella era alta, blanca, de pelo castaño, hermosos ojos pardos, agrandados por rizadas pestañas, cuerpo airoso y andar de reina; él, bien formado, de rostro varonil, correctamente trajeado, pero con ese algo indefinible que en París delata a la legua al forastero.

Así que se hubieron despojado de sus abrigos de pieles, se sentaron en un diván y pidieron una copa de menta.

—Hoy te encuentro triste, chiquillo —dijo ella—; ¿estás fastidiado ya de tu gatita?

El joven la oprimió cariñosamente la mano y respondió: —Esta tarde encontré en el hotel una carta en la cual me anuncian que mi Luisito está enfermo.

(Por un resto de pudor, Federico se había hecho pasar por viudo cuando en su primer viaje se enamoró de Marta).

Seis semanas hacía que estaba en París y era ésta la segunda mala noticia que le llegaba de Costa Rica. La primera fue el telegrama en que le anunciaban la muerte del padre de Ernesto.

—No te aflijas por eso —le replicó Marta—, los niños enferman a menudo, pero rara vez de cuidado.

La novedad del espectáculo y la animación del público no tardaron en disipar la melancolía de Federico; y cuando se separó de su amada, después de cenar con ella en el café "Terminus", su rostro había recobrado su habitual jovialidad. Los pensamientos siniestros volvieron a asaltarle en la soledad de su habitación. Allí sobre la mesa estaba la fatal carta. "Luisito está muy enfermo: hace tres días que no me separo de su camita; hoy no ha hecho más que repetir: ¡quiero ver a papá! y yo no he hecho más que llorar al oírlo. Por Dios, Federico, vuelve pronto, si no quieres que me muera de desesperación".

Este grito de sincero dolor le barrenaba la conciencia. ¿Cómo había podido envilecerse tanto? ¿Cómo había podido olvidar tan completamente a los seres queridos que al otro lado del Atlántico suspiraban por él a todas horas?

¡Ah, si Ernesto y sus amigos le vieran por las tardes en el bosque de Boulogne, reclinado en una carretela con la hermosa Marta, por las noches en el fondo de un palco, siempre con ella, como una pareja de recién casados! Y acaso en aquellos mismos instantes, allá en Costa Rica, una mujer pálida y llorosa se postraba ante la imagen de la Virgen para orar por él, o se inclinaba ansiosa sobre una camita blanca, en donde se consumía un chiquitín angelical devorado por la fiebre.

Y Federico se reprochó su infame conducta y maldijo la hora en que se dejó aprisionar en las sedosas redes de una mercenaria del amor. Su presencia no era ya necesaria en París, pues el litigio iba pronto a terminar favorablemente. ¿Por qué no partir? . . . Sí, estaba resuelto; tomaría el primer vapor. . . Pero en la mañana siguiente, cuando quebrantado por el insomnio se levantó decidido a preparar el viaje, un perfumado billete de Marta desbarató sus propósitos con la misma facilidad con que el sol de la mañana derrite la escarcha de los prados.

Pasó el invierno y el lozano abril cubrió de yemas las escuetas ramas y de pajarillos el bosque. La luz entumecida comenzó a desperezarse en los cielos, llenando de sonrisas los campos y los corazones. Por las arterias de la gran ciudad discurría' más apretado y bullicioso el gentío, ansioso de respirar el aire vivificante de la primavera. Y aturcido, embriagado, prisionero de las sedosas redes de la cortesana, Federico fue dejando en los tortuosos senderos del vicio elegante los últimos jirones de su virtud. Ya no pensaba en regresar a su patria; y escribía muy de tarde, en tarde cartas frías y lacónicas. ¡Cosa extraña! Los párrafos le salían demasiado cortos y su pluma se resistía a las ternezas: no encontraba qué decir, y las frases cariñosas sonaban en sus oídos como los versos huecos de un drama romántico, recitados por un actor desmañado. ¡Qué diferentes Jas cartas de Adela! Largos pliegos nutridos de amor, de fervientes votos, de dulces recuerdos, de apasionadas súplicas. Luisito seguía muy delicado de salud y los médicos consideraban mortal una recaída. Ernesto se había mostrado tan servicial y solícito durante la enfermedad del niño, que jamás podría agradecerse bastante. Una sospecha cruzó por la mente de Federico. ¿No sería aquella enfermedad una piadosa invención de su mujer para obligarle a regresar más pronto?

Esta duda contribuyó no poco a prolongar su estada en París.

Repentinamente las cartas de Adela fueron menos frecuentes y más cortas: la última, la más breve, glacial e incisiva como una espada, contenía frases enigmáticas que sumieron al esposo infiel en un mar de confusiones. Una de Ernesto recibida por el mismo correo, dio la clave del enigma: Adela lo sabía todo.

De vuelta de una jira por el Viejo Mundo, unos caballeros josefinos refirieron que habían visto

repetidas veces a Federico acompañado de una linda parisiense a quien hacía pasar por su esposa, y que indignados por tal escándalo se habían abstenido de visitarle. Sin duda una amiga indiscreta y oficiosa se había apresurado a llevar la noticia a Adela, con esa malévola presteza que pone la humanidad en sus acciones siempre que se trata de amargar la felicidad del prójimo.

¡La carta de Ernesto! ¡Cuántas veces la leyó aquella noche el pobre Federico repitiendo con lágrimas en los ojos las severas reconvenciones que le azotaban el rostro! ¿Permanecería sordo al vigoroso llamamiento de la amistad? ¿Tan degradado estaba que no podía quebrantar las vergonzosas cadenas con que le había uncido a su carro una mercenaria del amor?

Otra vez, tras largas horas de insomnio y de lucha, le sorprendió la aurora, armado de la firme resolución de marcharse; y otra vez las lágrimas y los besos de Marta le retuvieron con su invencible hechizo. Su pasión se avivó desde entonces, cual si atormentado por la conciencia quisiese ahogar en el placer sus recuerdos y en las copas de champaña sus remordimientos.

Una mañana, al volver a su cuarto después de una orgía, le entregaron en el hotel un telegrama de Costa Rica. Estaba firmado por Ernesto y contenía sólo dos palabras: Luisito murió.

Pasaron las frescas auras de la primavera y caldeó el suelo el sol abrasador del estío. Los parisienses comenzaron su peregrinación anual a las estaciones balnearias y a los rincones de provincia en busca de una atmósfera menos sofocante; pero Federico, —cada vez más enamorado de aquella mujer que había tenido la delicadeza de vestir de luto por Luisito—, no pudo ir con ella a Biarritz.

Desde el fatal telegrama no había vuelto a recibir noticias de su patria. El silencio de Adela era explicable, mas, ¿por qué había pasado Ernesto tanto tiempo sin escribirle?

Se acercaba ya la época de la liquidación de la casa Jiménez & Co. y era indispensable partir para Costa Rica; así lo exigían además sus propios negocios, un tanto embrollados por los fuertes gastos de los últimos meses.

Trabajo le costó convencer a Marta; el viaje era inevitable, pero una vez arreglados sus asuntos volvería a reunirse con ella. ¿Llevarla? No, era imposible, la travesía es larga y penosa y además, él no se atrevería a desafiar las preocupaciones de una sociedad mojigata. ¿Olvidarla? Nunca. ¿No había desatendido por ella sus propios intereses y permanecido en París más de lo conveniente?

El trasatlántico Normandie, que zarpó de Burdeos el 8 de setiembre, llevaba a bordo gran cantidad de pasajeros; pero ninguno de ellos dio tantas señales de tristeza al perder de vista las costas de Francia, como aquel joven costarricense que dejaba en el torbellino de París jirones de su virtud y las ruinas de un hogar antes immaculado y venturoso.

El vapor avanzaba rápidamente, cortando sin cabecear las rizadas ondas y las blancas rayas con que las corrientes interrumpen a trechos la tersa llanura. Dentro del círculo perfecto del horizonte no se divisaba ni una vela ni la sombra de una costa. El océano presentaba ese color gris mate que le comunica el cielo encapotado.

Diseminados por la cubierta, los pasajeros dormitaban en sus sillas de lona. El capitán inmóvil en el combés miraba fijamente al oeste, con el anteojo apoyado en uno de los obenques. En la proa, de codos en la borda, un viajero recorría con ojos meditabundos la lejana curva. ¿En qué pensaba? Diez meses antes se había alejado por segunda vez de aquellas playas que de un momento a otro iban a surgir ante su vista; diez meses hacía que, embriagado por la perfumada atmósfera de la Babilonia moderna, había arrancado de su mente el recuerdo de la tierra donde nació, donde amó, de aquel rincón bendito que guardaba las cenizas de sus mayores y también ¡ay! las de su hijito.

¿Cómo presentarse ahora ante la santa mujer cuyo corazón había destrozado tan villanamente? ¿Le perdonaría ella el insulto, la traición y sobre todo el silencio, el inconcebible silencio que guardó al saber la muerte de Luisito? Ahora, libre de la fascinación de la ciudad maldita, al respirar de nuevo las brisas de la patria, pudo comprender Federico toda la monstruosidad de su conducta. Por su memoria desfilaron como en la cinta de un cinematógrafo, las escenas de su niñez y de su juventud, las imágenes de las personas queridas, el cuadro del hogar venturoso, el bello y moreno rostro de su compañera y aquella cabecita rubia que ya no volvería a cubrir de besos.

En el confín del horizonte, hacia el poniente, surgió de pronto una línea oscura: poco a poco sus borrosos contornos se fueron dibujando con más precisión, y por último los azules picos de las montañas costarricenses aparecieron sobre las aguas.

¿Volvería a surgir de sus minas el dulce hogar tan torpemente destruido? ¿Encerraría tal tesoro de abnegación el alma de su esposa que pudiese él esperar el olvido de lo pasado? ¿Le rechazaría al verle arrastrarse a sus pies, dispuesto a borrar con su sangre tantas infamias? ¿Se atrevería él a arrostrar la mirada de desprecio de Adela, a profanar con su presencia aquella casa que manchó con su adulterio?

Percibíase ya con toda claridad el puerto de Limón con sus techos grises y rojizos, sus diminutas banderas y sus muelles semejantes a las delgadas antenas de un insecto; el sol de la mañana bronceaba la cabellera de humo de los vapores anclados y hacía resaltar los verdes abanicos de las palmeras de Piuta y de la Uvita.

¡Benditas brisas de la patria que traen consuelos a corazón dolorido! El pobre viajero aspiraba embelesado, acariciando con la vista la tierra natal, la única que hace desbordarse del pecho Ja emoción y de los ojos las lágrimas.

¿Qué vértigo le había acometido al dejarla? ¿Cómo había podido vivir tantos meses sin tenerla a todas horas presente en su pensamiento? ¿Qué infernal obsecación le había hecho preferir las caricias de una cortesana al casto beso de una esposa enamorada y bella?

Había estado loco, sí, y al recobrar ahora la razón se despreciaba a sí mismo y se proponía reparar el daño con una vida de expiación y de ternura. Iría a hospedarse en un hotel. Ernesto se encargaría de preparar la reconciliación... ¿Por qué no habrían de brillar nuevamente los días felices de otro tiempo ?

El vapor ancló a las nueve de la mañana. Ün tren expreso estaba listo para conducir a los viajeros a la capital: apenas el tiempo indispensable para sacar de la aduana el equipaje y prevenir con un telegrama a Ernesto. Federico no encontró en el puerto a ninguna cara conocida. Mejor.

El tren llegó de noche a San José, bajo una lluvia torrencial. La estación estaba desierta: una berlina condujo a Federico al Hotel Imperial, en donde se hospedó con un nombre supuesto. ¿Habría recibido Ernesto su telegrama? Estaba impaciente por verle para pedirle noticias de Adela.

Dieron las ocho, y no pudiendo dominar su ansiedad, resolvió interrogar mañosamente al camarero que le sirvió la cena.

¿Qué le contó aquel hombre? ¿Conversó realmente con alguien aquella horrible noche? ¿No era una espantosa pesadilla ?

Bajó las escaleras como un loco y se lanzó a la calle azotado por el viento y por la lluvia; corrió a su casa y la encontró cerrada, oscura y triste como una tumba; voló a la de Ernesto y un criado

confirmó la fatal noticia.

Regresó al hotel tan anonadado que ni siquiera se le ocurrió quitarse la vida para librarse del dolor y de la vergüenza. ¡Oh, los miserables!... Hacía apenas algunas semanas que ella había partido para Nueva Orleans, bajo el pretexto —según los decires callejeros—, de reunirse con el único pariente que le quedaba en el mundo, una anciana, casada con un comerciante norteamericano; él, para salvar las apariencias, se había marchado unos días después.

Todo San José comentaba el escándalo, no sin disculpar hasta cierto punto a la esposa que, herida en su dignidad, despechada, abandonada cruelmente, había puesto los ojos en el único hombre que solícito, delicado y cariñoso, la había colmado de atenciones y consuelos.

Recorriendo su cuarto como un tigre enjaulado, rumiaba Federico mil proyectos de venganza. ¡Matar a la adúltera y al amigo desleal! ... ¿Y por qué? ¿No había sido él el autor de su propia deshonra al dar ocasión a Adela de comparar la bajeza de su marido con la nobleza del otro? ..

Al amanecer su resolución era irrevocable: volvería a París y fijaría allí definitivamente su residencia. Ese mismo día podría embarcarse, pues el Normandie estaba aún en el puerto.

Y llegó a París una melancólica tarde de noviembre; y obedeciendo al inexorable destino que le arrancó de su patria para lanzarle en el torbellino de la ciudad perversa, fue a buscar en los brazos de Marta el olvido de sus dolores.

En el lujoso entresuelo que en la calle de Lamartine ocupaba la aventurera, le contaron que ésta había partido para Londres en compañía de un opulento norteamericano.

La misma semana que vio alejarse a Federico reservaba a los maledicentes de San José un terrible desengaño. Ernesto regresó de Nueva York, a donde había ido con dos comerciantes de Cartago a arreglar las bases de una importante negociación.

No había, pues, estado en Nueva Orleans, en donde residía Adela en el seno de una familia respetabilísima; no había pasado siquiera por ahí y de ello daban fe sus dos compañeros de viaje. La murmuración, despechada, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

¡No! La abandonada esposa, tan casta como bella, no había profanado el santuario en que guardaba las reliquias de su amor, cubiertas con el negro velo de sus dolores . . .

¡No! El leal amigo, inocente de la villanía que con harta ligereza le había imputado la socieadd, abrigaba en su pecho sólo un propósito: el de no descansar un punto hasta devolver a aquellos dos seres queridos la felicidad perdida.

Escribió a su amigo por todos los correos; y sus cartas, en las que resplandecían la sinceridad, la nobleza y el cariño, obraron al fin el milagro de volver al redil la oveja descarriada.

*
* *

Federico estaba gravemente enfermo en San José. En el delirio llama sin cesar a Adela, la pide perdón, la ruega que no lo deje morir abandonado ... ¿Qué se hicieron los propósitos de la ofendida esposa al recibir en Nueva Orleans la noticia de la inminencia del peligro? Se había jurado no volver a Costa Rica; ¡pero él, su Federico, su único amor, estaba moribundo!... ¡Oh!... Ella lo olvidaba todo, lo perdonaba todo, todo ¡Dios mío!, con tal de llegar a tiempo.

En una de las largas noches pasadas a la cabecera del enfermo, Ernesto, adormilado en un sillón, percibía vagamente el ir y venir rápido de una esbelta figura de mujer que, ora se inclinaba ansiosa sobre el rostro del paciente, ora rondaba en torno del lecho o del velador cargado de medicinas, siempre incansable y solícita, siempre callada y triste. Y luchando con el cansancio que le cerraba los párpados, el fiel amigo pensaba con fruición en la obra ya medio realizada, en aquella enfermedad ya dominada por la ciencia, y también ¡ay! en aquella otra enfermedad, la herida del alma, mucho más difícil de sanar.

De pronto, cuando vencido por el sueño cerró los párpados, se figuró oír rumor de sollozos en la callada estancia; le pareció entrever —a la escasa luz de la lamparilla— los labios de la enfermera y los del enfermo unidos en un beso largo, muy largo, humedecido por las lágrimas... Y creyó sentir sobre su cabeza el aleteo de una armonía dulcísima, que poblaba de promesas el ambiente, mientras iba difundiéndose por el cielo la claridad precursora de un nuevo día.

DON QUIJOTE SE VA

El jurado que me tocó en suerte presidir aquella tarde estuvo unánime en condenar al acusado: pero hice con tan sólidos argumentos su defensa, que mis colegas —dos artesanos y dos humildes mercachifles— vencidos por "mi elocuencia" acabaron por declararle absuelto.

El hecho era de lo más vulgar: dos viajeros llegan a la posada de un pueblecito de Alajuela y se burlan de la ven-lera que sale a recibirlos; ella protesta y sus palabras pican tan en lo vivo a los dos mocetones, que desenvainando sus machetes desafían a la mujer a que salga a la calle; ella sin vacilar descuelga el cuchillo de su marido ausente y se dispone a batirse, cuando entra en escena un nuevo personaje. Era un forastero llegado a la posada pocos días antes en compañía de su criado. Según declaración de la ventera, debía ser muy anciano, acaso centenario, a juzgar por lo apergaminado del rostro, lo enjuto del cuerpo y el bigote, más que blanco, amarillo como el marfil viejo. Parecía persona culta y comedida y su única ocupación se reducía a pasar los días leyendo de claro en claro y a veces las noches de turbio en turbio, mientras su criado, cuya gordura contrastaba cómicamente con la escualidez del amo, huroneaba por las cocinas. Pidió dicho caballero cortésmente a la mujer el arma que empuñaba y arremetiendo con brío a los dos jayanes les descalabró bonitamente, motivo por el cual fue procesado y habría pagado cara su generosidad si yo no le hubiera defendido como tengo dicho.

Cuando volví esa noche a mi casa, situada en las afueras de la ciudad, la luna iluminaba el polvoriento y solitario camino que se dilataba serpeando por el llano como los interminables senderos que cruzan los campos de la Mancha. Frente a mi quinta y en mitad de la calle estaba parado un jinete, y aquella figura inmóvil y rígida allí y a tales horas hizo correr un escalofrío por mis venas. Al acercarme bajó de la silla el extraño personaje e inclinándose ceremoniosamente como los cortesanos de antaño, me habló en estos o parecidos términos:

—Descortés fuera yo por todo extremo, y más que descortés, desagradecido, si al irme de este lugar para siempre no viniera a manifestar a vuestra merced cuánto estimo lo que me hizo, librándome de las garras de la justicia, si así puede llamarse el dar apariencias de legalidad a los abusos del rico contra el pobre y del poderoso contra el desvalido.

Sobrecogido por el tono solemne y el estafalarío aspecto de aquel viejo alto y huesudo, apenas me atreví a balbucear.

—¿Pero quién es usted?

¿Quién soy? Yo mismo lo ignoro. ¿Cuál es mi nombre? Lo he olvidado. Unos dicen que ha varios siglos me mató un soldado manco y soy ahora un alma en pena; y debe de ser así, porque muchos me llaman espíritu de la raza. Recuerdo apenas que nací en España y vine a estas Indias persiguiendo un ideal que desespere de hallar en el viejo mundo. Hidalgo nací y mi ley es la justicia, mi religión el honor y mi norte la verdad. La señora de todos mis pensamientos se llama la felicidad humana; pero la ha hecho invisible un maligno encantador que me tiene ojeriza, y por encontrarla he acometido las empresas más dificultosas. Puse mi espada al servicio de los pueblos en lucha con los tiranos, procuré levantar con fuerte brazo a la virtud escarnecida por la maldad, a la sabiduría oscurecida por el charlatanismo, a la hidalguía vencida por la mezquindad, a la pobreza insultada por la opulencia; y en donde quiera he visto alzarse triunfantes a los déspotas, a los perversos, a los hipócritas y a los canallas.

Ya el hombre vuelve a ser la fiera primitiva: su ciencia se reduce a destruir; ya no presenta batalla a sus enemigos, pues encuentra más cómodo asesinarlos a mansalva y arrasarlo las ciudades sin perdonar niños ni mujeres. Honradez, honor, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza son palabras anticuadas o vacías de sentido en nuestra lengua. Sabios, artistas, héroes y santos se llaman hoy desequilibrados o majaderos; quien defiende al débil contra el fuerte, es un loco entrometido; quien no exprime a los demás en provecho propio, es un tonto; quien impide a dos malsines que hieran a una mujer, es un criminal.

Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tienen más Dios que el dinero, más patria que el mostrador ni más dama que la bolsa. El centro de gravedad de los griegos y romanos estaba en el cerebro, el de los caballeros medioevales en el corazón, el de los burgueses actuales en el estómago. Mi reinado ya pasó: ahora comienza el de Sancho.

Dicho esto el misterioso personaje subió con dificultad sobre su montura y se alejó a buen paso. — ¿Adonde va usted? —le grité.

—Me vuelvo a mi aldea, —contestó sin volver la cabeza—; pero ahí les dejo a mi escudero.

P. S. Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que la primera parte de esta historia es rigurosamente exacta; no puedo asegurarte otro tanto de la segunda, pues yo mismo dudo de su realidad e imagino que todo fue una alucinación provocada por la semejanza de los llanos de Alajuela con los famosos campos de Montiel.

OTRAS PROSAS.

LA MARSELLERA

La traslación solemne de los restos de Rouget de Lisle a los Inválidos, el 14 de julio de 1914, ha evocado en mí un recuerdo y renovado una de mis más intensas emociones.

Yendo en una mañana de abril del año 1901 a visitar un amigo que vivía en la calle de Newton,

descendí del coche al pie del Arco de Triunfo para examinar de cerca el majestuoso monumento de las glorias napoleónicas. La frescura del aire, la pureza del cielo y el silencio no interrumpido sino por el rodar de uno que otro carruaje, invitaban a meditar y permitían entregarse por completo al inefable placer, a la embriaguez que produce la contemplación de las obras de arte. No tuve tiempo de observar el conjunto, porque desde el primer momento atrajo mis miradas un grupo de figuras de bronce, del cual se destacaba una cara.

Jamás ha encarnado el cincel un pensamiento con vida tan real e intensa: aquel rostro de bronce, animado por misteriosos músculos, gesticula, canta, grita

Allons, enfants, de la patrie

e infunde en los pechos tal brío, hiere con tanta fuerza las fibras del patriotismo, que se sienten deseos de gritar con ella

¡Marchons, marchons!

y de volar tras ella a la frontera para morir en defensa del suelo invadido.

¡Era la Marsellesa del escultor Rude! En mi alucinación vi moverse aquellos labios, chispear aquellos ojos sin pupilas, y en mis oídos resonó la frase del himno sublime, el verso que, a mi ver, inspiró a Rude:

¡Aux armes, citoyens!

¡A las armas! Los bárbaros están a las puertas de Roma, los monarcas conjurados contra los pueblos pretenden aplastar con sus feroces ejércitos la república.

¡Marchons! ¡Antes morir libres que doblar la rodilla ante el absolutismo!

Oid las inspiradas notas de Rouget de Lisie o contemplad el alto relieve del Arco de Triunfo y comprenderéis por qué una turba de descamisados se convirtió en ejército invencible y por qué un puñado de ciudadanos hizo morder el polvo a las hordas del despotismo, renovando en Valmy y Jemappes las proezas de Maratón.

No, la Marsellesa no es el himno nacional de Francia: es el símbolo de la democracia, el canto de los pueblos libres; es la voz del derecho que se alza en defensa de los oprimidos; es el ¡alto! que la civilización da a la barbarie, la valla infranqueable que el pensamiento opone a la fuerza bruta.

Por eso en el rostro de la Marsellesa de Rude no hay odio, sino entusiasmo, y su gesto trágico invita, no a matar, sino a morir.

Al pie de esa maravilla escultórica pronunció el 14 de julio su patriótica alocución el presidente Poincaré; y por la noche, en la Comedia Francesa, Mile Roch, la hermosa y célebre artista, vestida de blanco, envuelta en aéreos velos tricolores, ceñida la espada romana y a la cabeza de un grupo de voluntarios, cantó —como ella sabe hacerlo— el himno de Rouget de Lisie, sin que esta vez le hicieran coro los espectadores, porque la emoción anudaba todas las gargantas, llenando de sollozos los corazones y de lágrimas las mejillas.

He aquí por qué al representarme ese público parisiense cautivado, conmovido, trastornado por las vibrantes notas de la artista, recordé la dulce emoción que ante el Arco de Triunfo experimentó un transeúnte extranjero en una risueña mañana de abril de 1901.

LAS CAMPANAS DEL CARMEN

Para Rosita.

*¡These evening bells,
These evening bells . . .*

Volví a la patria después de una larga ausencia, cuando de pronto al través de la niebla de aquella fría tarde de diciembre un tropel de notas argentinas resonó en mi corazón, evocando todos los recuerdos de mi vida.

¡Las campanas del Carmen! En esa edad en que sólo se piensa en jugar trompos y en ir a la escuela, ¿no eran ellas las bulliciosas vecinas que me despertaban con su alegre repiqueteo, las que me anunciaban los domingos la hora temida de ir remolcado por mi madre a la enojosa misa de diez? ¡Inolvidable misa de diez!

Años más tarde, ya adolescente, jamás falté a ella. ¿Y cómo no, si era la misa que oía mi novia? La oía, sí, pero no la veía: la hermosa niña interponía entre ella y su madre una punta de su pañolón, a manera de pantalla, y dejaba caer Ja opuesta para mirarme a sus anchas.

Para mí no existían en aquellos dichosos momentos, sacerdote, incensarios, latines ni bendiciones: mi misa eran aquellos ojos relampagueantes, mis bendiciones aquellas miradas de amor.

¡Ay!, en esa edad feliz, una tarde las campanas tañeron lúgubrememente. ¡Mi padre había muerto!, aquellas notas lentas que me desgarraban el pecho, me hicieron comprender mejor que cualquier lenguaje humano la noción de la orfandad.

Pero rodaron los años con la monotonía de las olas que se empujan unas a otras, y una alborada las campanas repicaron regocijadas, bañando mi alma con un torrente de divinas armonías. Era el día de mis bodas: era ya mío el único bien que tengo sobre la tierra. Un mes después . . . aquellas mismas campanas arrancaban a mis ojos mares de lágrimas. ¡Era el entierro de mi madre!

Otras muchas veces las he oído sollozar, pero no de un modo tan desgarrador como aquel día.

Vosotras, viejas campanas del Carmen habéis asistido a mis alegrías y a mis dolores: vuestros bulliciosos repiques y vuestros fúnebres dobles son la historia de mi vida, y aún en el destierro me ha acompañado el eco de vuestras lenguas de bronce. ¿Qué alegría podréis ya anunciarme? Se acerca ya el invierno, y el huracán derriba uno tras otro Jos troncos de Ja selva. Para cada amigo que se va, tenéis vosotras un adiós plañidero. Yo ¡ay!, no lo oiré al morir, ni vuestras notas argentinas rodarán como lágrimas sobre mi ataúd.

Usted, Rosita, que, como yo, nació y se ha criado en la vecindad de esas campanas, ¿verdad que consagrará un recuerdo a su maestro y amigo muerto en tierra, extraña, cuando las oiga doblar tristemente?

San José, 4 de diciembre de 1905.

EL PALACIO DE LAS GOLONDRINAS

Para Angelita Acuña.

Los que veranean en la Boca de la Barranca pueden presenciar por las tardes un curioso espectáculo.

Cuando ya no queda del sol sino una estela de oro que se va esfumando en el azul, en insensible gradación de tonos anaranjados y violetas, vense aparecer en el cénit infinidad de puntos oscuros que descienden en vertiginosas espirales. A medida que se aproxima la nube se hace más densa y de pronto llena el ambiente un concierto de alegres gorgoros, agudos chillidos y sonoros rasgueos de alas. Son centenares, millares, miríadas de golondrinas, ocupadas de cazar para su prole insectos crepusculares.

¿En dónde ocultan sus nidos? No hay allí campanarios ni aleros, ni mucho menos balcones como aquel cuyo recuerdo entristecía al poeta Bécquer; pero ¡ahí las picaruelas han encontrado algo mejor, un palacio inmenso, moderno, limpio, sólido, al cual no suben reptiles, ni llegan traicioneras lechuzas ni alcanzan muchachos crueles; una ciudad de acero a prueba de temblores, de huracanes y de incendios.

¡Quién lo creyera! Las simpáticas avecillas han buscado albergue en el gigantesco puente de acero de la línea férrea y por entre las celosías de los pilares, tirantes, arcos y dinteles, se han colocado en el interior y arreglado allí sus aposentos. Poco antes de anoecer las tornasoladas cabecitas que asoman al lado de los remaches parecen interminable rosario de perlas negras, y comienzan entonces los cuchicheos de vecina a vecina, los pitidos de la prole y los chillidos de los padres, alternando con uno que otro picotazo sin consecuencias, asestado contra el aturdido que se equivoca de puerta.

Pasad por el puente al cerrar la noche y experimentaréis una sensación extraña.

La inmensa mole vibra, palpita como una caja sonora, cual si torrentes de sangre bulleran por sus arterias de acero, y la armadura metálica se anima y parece moverse cual monstruosa langosta echada sobre el río.

La vibración se va extinguiendo lentamente a manera de un acorde lejano, y poco después las golondrinas duermen como no han dormido nunca los hombres: unidas y felices, sin odios ni envidias, sin penas ni ambiciones.

Una tarde un gomoso de la capital, sólo por hacer alarde de su puntería, tiró a bulto sobre la bandada y mató dos golondrinas.

Aquella noche, preciosa noche de luna, los murmullos del palacio se prolongaron hasta muy tarde y me pareció que de sus entrañas brotaba un susurro, y... ¡oh poder de la imaginación! creí percibir una vocecilla que decía:

"Sólo el hombre mata por matar, sólo él asesina a su hermano, sólo él se goza en la destrucción. Es él único desequilibrado, el más cruel y perverso de los seres".

¿Sería el eco de mis propias reflexiones? No lo sé; pero desde aquella tarde no volví al puente, temeroso de entender lo que decían las golondrinas.

LOS NEGRITOS

Todas las tardes, a la hora en que suelo asomarme a la ventana para tomar el fresco, se pasean gravemente por la acera uno en pos de otro o juegan cogidos de la mano, sin dejar de repetir cada vez que pasan delante de mí: Good By, Mister Charles.

Son una negrita de diez años y dos negritos de ocho y cinco respectivamente, hermanos los tres. Flacos, pero fuertes y ágiles. Ella con falda roja y blusa de irreprochable blancura. Ellos, con delantal de cutí rayado de azul y amarillo. Adviértese en su saludo, además de la timidez y humildad de una raza que se sabe menospreciada y teme a cada paso ser objeto de un desaire, la modulación suave que da la educación y que tanto contrasta con la brusquedad con que nuestro pueblo le lanza a uno, a la cara, su irrespetuoso "adiós".

Mi calle parece ser el lugar de cita de todos los muchachos del barrio, y mi barrio es sin duda el más prolífico de la capital, a juzgar por la incontable turba de rapaces y rapazas que a todas horas alborotan y gritan, juegan o riñen, sin temor a la policía, ni respeto a los transeúntes, ni miedo del tranvía que cada cinco minutos pasa rumbo a la Plaza Viquez. Si alguien pusiera en duda mis palabras, para convencerse puede recorrer, a cualquier hora, esa vía, y si en un espacio de media cuadra no cuenta por lo menos veinticinco diablillos, puede tacharme de mentiroso o exagerado.

Por demás está decir que los tres negritos son casi siempre víctimas de la crueldad de los niños de siete a doce, pues he observado que los parvulillos de cuatro a seis carecen de preocupaciones sociales y a menudo se pasean abrazados con los dos jamaicanitos y hasta un día vi a un chiquitín coger a besos al menor de los negritos. ¡Pero los otros, los más talludos! comienzan por molestarles con pullas, tales como gritar a los compañeros: "¿Compran carbón" o bien: "¿Quién quiere tinta"? o "¡Qué negregura! ¿Va a llover?" Luego, viendo que sus sarcasmos no hacen mella alguna en los pacientes netezuelos de Cam, pasan a la vía de hecho. Los empujan, los pellizcan, les tiran de la lana que a modo de apretadas pasas cubre sus cabezas, a extremos de que en una ocasión tuve que intervenir personalmente, saliendo a la acera para impedir que los feroces verdugos continuaran sus crueldades; y después de afearles su conducta, aconsejé a los "trochitos de carbón" que se defendieran o que se quejaran a la policía.

—¡Mister Charles! —me dijo con las lágrimas en los ojos la negrita— nosotros no molestar ellos, ¿por qué ellos molestar nosotros?

El más tenaz, el más despiadado de esos verdugos era... ¡quién lo creyera! una niña de doce años, hija de un rico tendero de la vecindad, siempre lujosamente trajeada y mirando por encima del hombro a todo el mundo y en particular a sus compañeras de escuela o de juegos, como si perteneciera a una categoría de seres superiores o creyese que el público estaba obligado a prodigarle su homenaje y mimos que como hija única recibía de sus opulentos papas.

Lo particular es que si a mí se me hizo antipática Celia por su mal corazón y ostentosa fatuidad, sus amiguitas parecían admirarla y quererla (por lo menos lo aparentaban), mostrándose sumisas a sus caprichos. Ella era la que dirigía los juegos, la que distribuía los papeles e imponía su voluntad como un autócrata; y hasta es de suponer que muchas de sus compañeras tomaban parte en el martirio de los trochitos de carbón, no por malos sentimientos, sino obedeciendo a las sugerencias de

aquel tirano de falda corta.

A veces me entraban deseos de llamar a Celia para decirle: "Esos negritos a quienes maltratas e insultas tienen alma como tú, y quizá mejor que la tuya; desde luego poseen más educación y modales más finos, pues saludan cortésmente, no importunan a nadie, no estorban a los transeúntes y reparten sus dulces y juguetes entre niños blancos que les muestran alguna simpatía. Si a ti te aman tus papas, a ellos los adoran los suyos; y si mañana te vieras en la miseria, quizá alguno de esos pedazos de carbón sería el único que te alargara una mano compasiva".

Me abstuve, sin embargo, de espetarle este o parecido sermón a la orgullosa, porque estoy seguro de que habría sido recibido con malos modos y habría sido estéril como aquellos granos de trigo caídos sobre piedras, de que nos habla el Evangelio; pero los acontecimientos se encargaron de darle una lección más elocuente que la mía, en forma objetiva y trágica.

Una tarde en que la negrita estaba cerca de los rieles para tomar el tranvía, pasó corriendo Celia con otras dos compañeras y al querer tirar del pelo a su víctima, tropezó y cayó sobre la línea en momentos en que el carro estaba apenas a tres varas de distancia. Rápida como el rayo la jamaicanita se lanzó tras ella, la asió por los brazos y la arrojó fuera de los rieles; pero la salvadora cayó a su vez y antes que el motorista pudiera poner el freno eléctrico, la canastilla del carro arrolló a la valerosa negrita. La calle se llenó de gente; se socorrió a Celia, que del susto sufrió un ataque de nervios; la negrita desmayada y golpeada, aunque no de gravedad, fue conducida a su casa, en medio de los comentarios y alabanzas que de su heroica conducta hacía el público.

Desde mi ventana pude presenciar al día siguiente algo que me llenó de satisfacción: la orgullosa Celia llegó muy temprano a preguntar por la salud de su víctima de ayer y amiga de hoy, llevándole un paquete probablemente de golosinas; y las visitas se repitieron hasta el domingo siguiente en que pudieron ir las dos niñas, la negra y la blanca, a oír misa juntas en acción de gracias.

Por un vecino supe que el padre de Celia, el opulento comerciante, se limitó a manifestar su gratitud ofreciendo a la panadera jamaicana pagar los gastos de la curación de su hija; a lo cual la buena señora le contestó sonriendo que eran insignificantes, y aunque no lo fuesen, ella no aceptaría dinero alguno por lo que conceptuaba un deber, el deber primordial de los cristianos, de amarse los unos a los otros.

MONTAÑA ARRIBA

Con el cuello airosamente enarcado, las orejas enhiestas y la negra reluciente piel salpicada de espuma, el fogoso potro hacía resonar el empedrado con su rítmico manoteo, y chispear entre la polvareda sus bruñidas herraduras. De las casitas diseminadas a ambos lados del camino salían enjambres de chiquillos desharrapados, caras más sanas que limpias, llenas de curiosidad y desconfianza; y las mujeres, ocupadas en las faenas matinales, se asomaban discretamente al ventanillo de la cocina, atraídas por aquellas pisadas regulares y vigorosas, que no podían confundirse con las de los jamelgos campesinos.

No parecía advertir el jinete las miradas de que era objeto; absorto en sus pensamientos, rígido en la silla y con el casco gris calado hasta las cejas, apenas contestaba con un movimiento de cabeza al saludo de la interminable procesión de lecheros que, ya aislados, ya en animados grupos, se dirigían a la ciudad, zarandeándose entre los cuatro tarros de hojalata colgados de la albarda.

La carretera, ascendiendo siempre, pasa en línea recta por Guadalupe; deja atrás la zona de los cafetales, divide en dos San Isidro de Coronado, y después de subir serpenteando por entre sembrados y potreros, se oculta bajo las arboledas y va a morir en las selvas que coronan la cordillera.

A espaldas del viajero se iba ensanchando poco a poco un panorama hermosísimo. Por el norte las sierras de Barba y por el sur las de Aserrí, se alargaban como los brazos de unas tenazas cuyo eje fuera el Irazú; en el centro del dilatado valle aparecía la capital, como una isla plomiza en medio de un océano de verdura; en lo alto de las montañas, las aldeas con sus casas blanqueadas semejan montones de conchas adheridas a las rocas; y hacia el occidente, en donde las enormes tenazas no llegaban a cerrarse, las azules colinas de la costa cortaban la raya indecisa del Golfo de Nicoya. Distinguíanse perfectamente de las laderas y cañadas los diversos cultivos, las manchas amarillentas de los cañaverales, los cuadros verde-oscuros de los cafetales, la vistosa alfombra de los potreros, los ríos como hilos de estaño, y los rastrojos de color rojizo, listos para Ja quema.

El camino era cada vez más pendiente y solitario, y a las piedras había reemplazado una gruesa capa de polvo sobre la cual trotaba sin ruido el brioso potro. No daba señales de cansancio el noble animal ni aflojó un momento el paso; de pronto, al llegar a lo alto de una loma, torció a la izquierda como quien conoce el terreno, siguiendo un sendero sombreado por dos hileras de naranjos cuyas ramas se doblaban al peso de la fruta.

El viajero levantó entonces la frente, como quien despierta de improviso, y al reconocer el paraje brillaron sus ojos, se irguió en la silla, se limpió el rostro con el pañuelo y sacudió con el latiguillo el vestido y las polainas de charol. Dos minutos después se detuvo delante de una verja de hierro cuyo cerrojo descorrió sin bajarse del caballo.

A unos cien pasos de allí, en medio de una meseta, se levantaba un elegante y espacioso edificio de ladrillo, de un solo piso, delante del cual se extendía un jardín de más de media hectárea, en cuyo centro se alzaba un higuérón gigantesco.

Ocupaba casi toda la fachada, situada al poniente, una amplia galería de vidrieras corredizas, sostenidas por columnas de hierro, adornada con multitud de canastas de parásitas raras, cajones con pacayas y macetas con helechos, y amueblada con sillones y canapés de junco y mesitas de laca. Sobre la galería una azotea con balaustrada de jaspe permitía admirar en toda su magnificencia el vasto panorama antes descrito, y por el lado opuesto la pelada cumbre del Irazú, calcinada por las erupciones.

PUNTARENAS

El firmamento, como gigantesco fanal de cristal azul colocado sobre el mar, comenzaba a palidecer hada el levante y a teñirse de ese suave rosicler que recuerda las mejillas de una niña de quince abriles. El océano simulaba un lecho de brillantes esmeraldas levemente rizado por la brisa, y a los primeros rayos del sol naciente las crestas de sus ondas parecían acribilladas por millones de saetas de oro. Del lado de la tierra se dibujaba en elegante curva la línea gris de la playa que se dilata desde la Chacarita hasta la Punta; y paralela a ella, la nívea raya de las olas que iban a morir estruendosamente en la arena. Al norte cerraban el cuadro filas de montañas de color azul lechoso, única nota melancólica del paisaje, pues sus nieblas, las selvas impenetrables que las cubren y sus agrestes picachos no hollados por la planta del explorador, traen a la mente la imagen de algo salvaje, hirsuto y amenazante, miasmas mortíferos de ciénagas, miríadas de venenosos reptiles en

acecho debajo de la maleza, millares de bestias feroces, algo, en fin, vago e indefinible que recuerda al hombre que si en las gastadas tierras europeas ha logrado domeñar la naturaleza, en las americanas ella se impone a nuestra pequeñez con incontrastable imperio.

*
* *

La ciudad recostada en un fondo de verdura comenzaba a dar señales de vida: elevábanse de las chimeneas espirales de humo, oíanse silbatos de fábricas y pitazos de máquinas y como juguetes diminutos veíanse deslizarse los trenes a lo largo de la costa. Grande animación reinaba en el muelle que en línea recta penetra en el mar algo más de media milla, símbolo de la voluntad humana que se adueña de los más rebeldes elementos. Oíase el rechinar de las grúas, los resoplidos del vapor y el traqueteo de las gasolinas; y" las velas de las barcas pescadoras se inflaban, salpicando de manchas blancas la verdosa llanura del océano.

Lejos del muelle se columpiaban perezosamente tres monstruos acorazados como ballenas dormidas, monótonos, con esa majestad que da la fuerza y esa tranquilidad de los leones en reposo.

Del extremo del muelle podían leerse a simple vista los nombres de los barcos, estampados en grandes letras de oro en la proa: "Nicaragua", "Puerto Rico", "Haití".

En el tope de sus mástiles de acero ondeaba el pabellón estrellado; y el "Nicaragua", que era el más poderoso, ostentaba la insignia del almirante. Su puente blindado brillaba como un espejo, reflejando la imagen de los oficiales que se paseaban tomando el fresco y de los marineros que acudían a los diversos menesteres que les estaban encomendados.

*
* *

El sol besando ya el horizonte, parecía por efectos de la refracción un enorme escudo rojo que matizaba las nube-cillas con mil brillantes colores. Gaviotas, como copos de nieve, revoloteaban en los escollos, y el aire, saturado de emanaciones salinas, al ensanchar los pulmones comunicaba una animación vital.

FIN